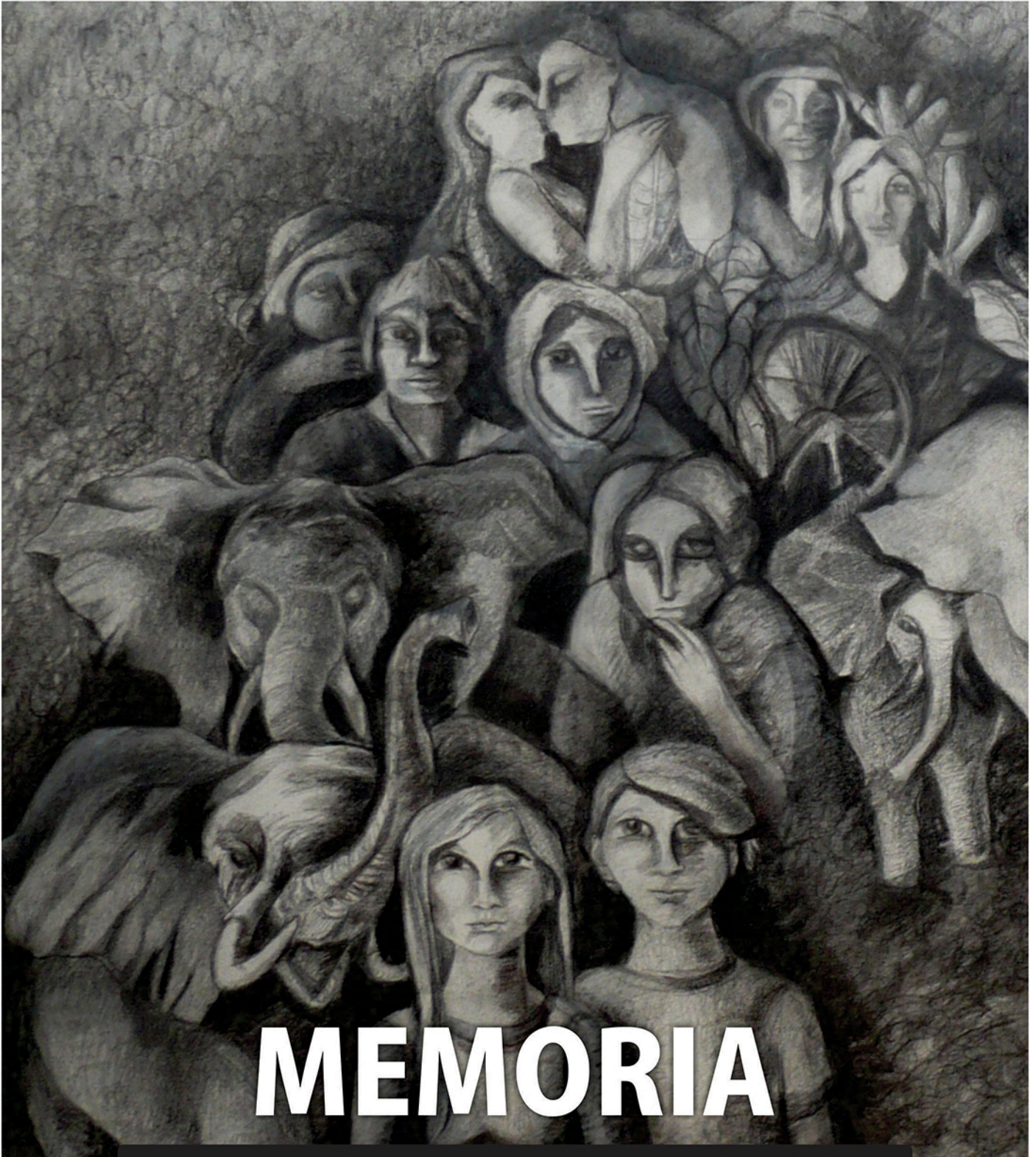
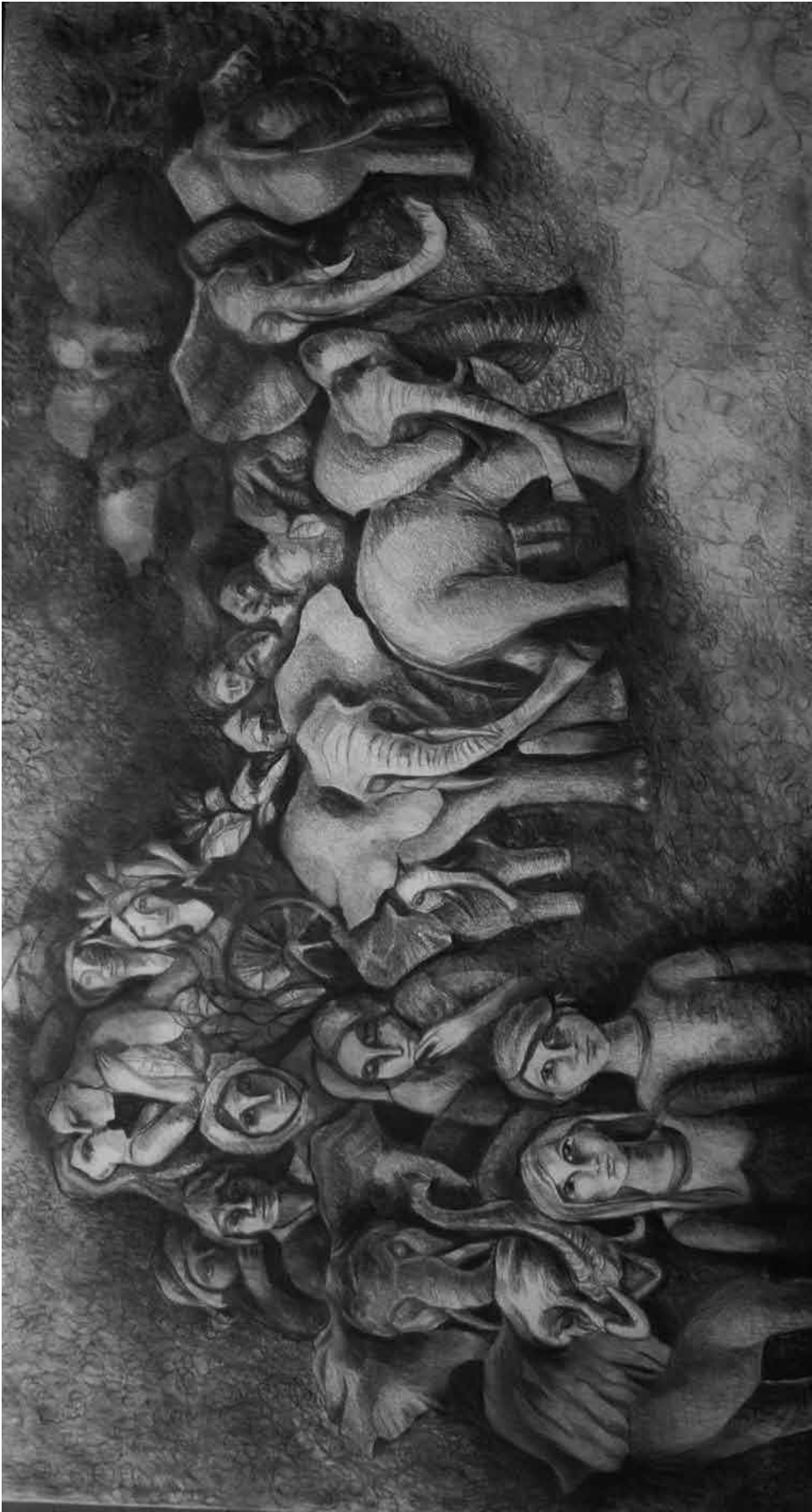


Crepúsculo



MEMORIA



LA MEMORIA ES POTENTE COMO UN ELEFANTE - Marcela Motta

Staff

Director

Ricardo René Cadenas

Coordinador

Martín Sancia

Colaboradores

Paula Carrella

Guadalupe Ramírez Oliberos

Editor

Matías Di Loreto

Diseño Gráfico

DT PRINT S.A.

Propietario y Editor

Fundación Tres Pinos

Moreno 1836 6to. B

Tel.: 011-4372-2154

Impreso por DT Print S.A.

0237-4664818

Bvar. Alcorta 183

Paso del Rey

Buenos Aires

MAYO 2017

Registro de Propiedad Intelectual

Expediente N° 5138548

La publicación de opiniones personales vertidas por colaboradores y entrevistados no implica que éstas sean necesariamente compartidas por **Revista Crepúsculo**

www.fundaciontrespinos.org

info@fundaciontrespinos.org



Sumario

05

Por *Martín Sancia*

EDITORIAL

06

Por *Miguel A. Montoya Jamed*

QUE TANTO APURO TUVO EL TIEMPO

09

Por *Miguel A. Montoya Jamed*

DEJO UN ROSTRO EN EL ESPEJO

10

Por *Sergio Hocebar*

LA ENAMORADA Y SUS RECUERDOS

12

Por *María G. Bolo / Patricia A. Fauré / María del Carmen Rourich*

MEMORIAS / ESPERA / INSOSLAYABLE

13

Por *Ana Millan Vargas*

MEMORIAS DE LA SIESTA

15

Por *Ana Millan Vargas*

NO ME INTERRUMPAS LA CANCIÓN

16

Por *Patricia Botargues*

UN PASADO POR DELANTE

19

Por *Alejandro Michelena*

MEMORIAS DE DON FELICHE

22

Por *Silvio Litvin*

UN GUSTITO

23

Por *Rolando Ravagliatti*

UN ACTOR SE PREPARA

24

Por *Juan Miguel González Mejías*

RECORDAR LOS SUEÑOS

26

Por *Susana Angélica Orden*

EL BAR DEL TIEMPO

29

Por *Paula Eisenberg / Guillermo Henrich*

MEMORIA ROTA / SEIS LETRA

31

Por *Jessica Troncaro*

RETENGO SU MIRADA

32

Por *Adriana Tuffo*

SIGUEN CANTANDO

35

Por *Lilita Ballester*

BATALLA ETERNA

36

Por *Carlos Mansilla*

SIN RESPUESTA

37

Por *Verónica Leyes*

HÉROE

41

Por *Hugo A. Ramos Gambier*

EL INVASOR

51

Por *Atilio Mario Escuder*

LOMPAS

53

Por *Eliseo Monteros*

LA ÚLTIMA AVENTURA



Borges, el infinito y la memoria

En *Funes el Memorioso* Borges imagina un personaje (Ireneo Funes) con una memoria absoluta, condenado a recordar, al detalle, todo lo que ve. Cada pliegue, cada grano de arena, cada huella que ha pasado ante sus ojos se queda en él para siempre. El narrador nos dice: *“Una circunferencia en un pizarrón, un triángulo rectángulo, un rombo, son formas que podemos intuir plenamente; lo mismo le pasaba a Ireneo con las aborascadas crines de un potro, con una punta de ganado en una cuchilla, con el fuego cambiante y con la innumerable ceniza, con las muchas caras de un muerto en un largo velorio. No sé cuántas estrellas veía en el cielo”*. Pero el narrador nos advierte que Funes *“era casi incapaz de ideas generales, platónicas. No sólo le costaba comprender que el símbolo genérico perro abarcara tantos individuos dispares de diversos tamaños y diversa forma; le molestaba que el perro de las tres y catorce (visto de perfil) tuviera el mismo nombre que el perro de las tres y cuarto (visto de frente). Su propia cara en el espejo, sus propias manos, lo sorprendían cada vez”*. Casi al final del cuento, el narrador nos dice: *“Sospecho, sin embargo, que no era muy capaz de pensar. Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer. En el abarrotado mundo de Funes no había sino detalles, casi inmediatos”*. En definitiva, Funes no puede hacer otra cosa que recordar. No puede darle un curso a sus recuerdos, no puede reflexionar. No puede ir más allá de lo mnémico. Funes, entonces, está lleno y, al mismo tiempo, está vacío de recuerdos. Porque, ¿qué es un recuerdo si no lo que hacemos con lo que nos ha ocurrido? Una marca que no deja marca, ¿es una marca?

En otro de sus cuentos, *El Aleph*, Borges imagina *“un punto que contiene todos los puntos del universo”*, es decir: un punto a través del cual puede accederse al infinito, porque todo confluye allí. Borges (que en este cuento es el personaje protagónico) nos describe al Aleph como *“una pequeña esfera tornasolada, de casi intolerable fulgor. Al principio la creí giratoria; luego comprendí que ese movimiento era una ilusión producida por los vertiginosos espectáculos que encerraba. El diámetro del Aleph sería de dos o tres centímetros, pero el espacio cósmico estaba ahí, sin disminución de tamaño. Cada cosa (la luna del espejo, digamos) era infinitas cosas, porque yo claramente la veía desde todos los puntos del universo”*. Pero al final Borges, el personaje, sabe que haber visto “todo” no es “haber visto todo” si luego no lo puede recordar. El infinito del Aleph, en definitiva, tiene solo el tamaño de lo que el personaje puede recordar.

Ireneo Funes y el Aleph son dos versiones del infinito y de la imposibilidad de infinito. Nuestra memoria no es absoluta (porque, de ser absoluta, naufragaría en los detalles), nuestros recuerdos son escasos, por lo tanto: estamos condenados a fragmentos, a vestigios, y nuestro universo tiene tan solo el tamaño de nuestra pobre memoria, que es capaz de olvidar, incluso, lo que más ama.

Martín Sanjaia

QUE TANTO APURO TUVO EL TIEMPO

Crepúsculo

por Miguel A. Montoya Jamed

Golpeé las manos a la entrada, dos o tres veces y esperé. Tengo a mi izquierda las paredes de adobe, que están como antes... yo las veo como antes. Una, es el costado norte de la pieza que tiene una ventana, hacia la calle principal, con rejas hasta abajo, y a la derecha la pared sur del taller de costura de mi tía mayor, no sé qué habría adentro, pero yo tengo el olor de las telas nuevas, y la curiosidad por el imán en forma de U que mi tía me prestaba para que yo levantara del piso las agujas y los alfileres. Estoy parado en un pequeño corredor anterior a la puerta de entrada. No recuerdo cómo era la puerta de calle por donde se entra al patio, del que veo sólo la parte central, uno de los dos patios que tiene la casa. No puedo decir cómo es la puerta de entrada, no la veo, miro hacia adentro y se me suceden, con tranquilidad, sin fastidio: el sol sobre el patio y las enredaderas y después las sombras que van detrás de la claridad de norte a sur, de los dormitorios de mis tías a la cocina, y después la oración, esa hora en que oscurece y comienza a quietarse la casa y uno de mis tíos preparaba los faroles para encenderlos más tarde. Me doy cuenta que es mayor el tiempo en que el fondo se queda gris y hago un esfuerzo por distinguir lo que me parece que son siluetas de gente o de animales que cruzan por donde termina el patio, desde el comedor de las visitas hacia el lavadero, creo. Yo estoy mirando al oeste y no veo los árboles ni la montaña. Pero nada me extraña, no pienso, estoy detenido en los sucesos de mi infancia. Hace rato que estoy parado ahí y espero. No salió alguien a recibirme. Golpeé de nuevo; primero golpeé las manos con cuidado tratando de no sorprender con mi llegada a alguno de los de la casa. ¡Hace tanto tiempo! Ya estoy grande, no he cambiado tanto...estoy seguro de no haber cambiado tanto, pero hace mucho que me

fui a crecer afuera del pueblo. Bueno: entonces, me llevó mi madre sin preguntarme. Por aquella época a los niños no se les preguntaba; ahora, estoy seguro que me hubiese gustado quedarme aquí. Después golpeé con desesperación, pensé que tenía que hacer escuchar los chasquidos de mis aplausos hasta las higueras del fondo; ahí había una pileta donde iba mi abuela, con un balde, a buscar el agua. Claro: los golpes obstinados, repetidos de mis manos, eran como aplausos, inconscientemente festejaba una niñez que, estoy seguro, se había quedado ahí adentro y aún repletaba la casa. Así es: esta casa con patios y palmeras está repleta de mi niñez.

Recuerdo de entonces, cada centímetro de la casa, como son por dentro las habitaciones, los muebles; pero no recuerdo la puerta de entrada. Golpee muy fuerte las manos y grité: "Vengo a buscar un día,...un día de tantos"... "Vengo a buscar un día, uno de los que se me quedaron aquí cuando me fui". Grité de nuevo: "Vengo a buscar un día,...un día de tantos".

De repente me di cuenta que cerca mío había gente que me miraba sorprendida y no me contestaban. Seguramente serían inquilinos o nuevos propietarios de partes de la casa. Tal vez habrían tomado la casa y la habían despedazado. Aunque en la casa siempre hubo mucha gente de afuera, amigos de mis tíos; pero estos no eran los mismos: tenían caras contemporáneas, algunos llevaban aros en los labios, y otros trocitos de metal en las cejas, gesticulaban y no decían nada; tenían lenguaje contemporáneo. Entonces volví a gritar muy fuerte por si andaban por el fondo alguno de los de la casa. La casa tenía ocho habitaciones, un patio, corredores, dos piletas donde se guardaba el agua para consumir; al sur un pequeño callejón con una higuera y después otra casa con otro patio. Una planta de tunas, un



El asombro de la máscara | James Ensor

peral, otra higuera, no recuerdo de los damascos y los duraznos, palmeras y al fondo los parrales. Dos tíos, cinco tías, mi abuela y mi madre. No di ni un paso hacia delante, no quise mirar para los costados donde estaban las habitaciones, no vi los faroles encendidos para alumbrar la casa. Cuando era niño me daba mucho miedo la oscuridad. Tuve miedo de que no estuviese mi abuela. Grité mi nombre de niño, para que supiesen que yo estaba ahí. Tuve bronca de que no estuviese mi madre. Cuando era niño no la extrañaba si estaba mi abuela. Las personas murmuraban, algo murmuraban, a mí no me importó lo que decían. Mi abuela y mis tíos les daban lugar y comida a los caminantes. Además yo había vuelto

a buscar uno de aquellos días que se me quedaron cuando me fui. Grité mi nombre de niño y las personas ya no estaban, se habían ido pero en las paredes, por encima de las que miraban, habían dejado sus máscaras. Me di cuenta, porque una suave oleada de viento sur volcó uno de los rostros y vi que su interior estaba vacío; estaban ajados, usados por la intemperie y las necesidades...eso pensé. Después cayeron otras y ninguna me miraba por los huecos vacíos de sus ojos, ni me hablaban por sus bocas dibujadas. El patio que tenía las enredaderas estaba oscuro. Yo estaba seguro que cuando llegué a la casa eran las cuatro de la tarde...ientonces llevaba ahí mucho tiempo y todo había sido igual que antes!.

Yo buscaba a alguno de los de la casa, que me explicara por qué con tanto apuro con el que pasó el tiempo. ¿Qué tanto apuro tuvo el tiempo?. Mi abuela sabía una cantidad de cosas que siempre alcanzaban para cualquier necesidad, para cualquier duda y para cada dificultad de la casa, y eso que era una casa muy grande y con mucha gente. Si ella hubiese salido ahora, si ella me hubiese escuchado me hubiese explicado lo del tiempo. ¿Qué tanto apuro tuvo el tiempo?. Yo para muchos, en el pueblo, aún tengo el nombre de cuando era niño. En mis manos conservo buena parte de la juventud de los setenta... ¿pero la puta... que tanto apuro tiene el tiempo? Aún están las paredes y las palmeras... las paredes casi como antes. El sol apenas dejaba un pequeño arco de un amarillo muy intenso detrás de la montaña, que está muy cerca. Por momentos me confundía con algún fuego; en mi pueblo, los hombres cuando suben al cerro encienden un fuego, para que los que están abajo supiesen por donde andan. Mis tíos no iban al cerro... eso es lo que pienso, tal vez iban. El silencio se volvió intenso; yo lo quebraba con el chasquido de mis manos, y cuando dejaba de golpear se escuchaba el rumor del agua de las acequias que bajan por las orillas de la calle que da al norte de la casa. Pensé que debía esperar, tuve necesidad de ir a mojarme las manos en la acequia y un poco la cabeza; mientras tanto. "Mientras tanto", es el nombre de una espera común, de una espera que sirve para muchas cosas. Lo pronuncié de nuevo: "mientras tanto", porque tuve dudas si yo esperaba muchas cosas. Metí las manos al bolsillo del saco, para secármelas y encontré un papel con uno de mis viejos poemas, y leí uno de sus versos: "en esa casa con patios y palmeras". Tuve necesidad de seguir leyendo en vos alta, al final del último verso le puse agua al mate y me di cuenta que estaba frío, que lo había dejado a medio tomar. La luz de la lámpara del escritorio daba de lleno sobre mi cuaderno en el que escribo. Había puesto dos frases para comenzar un cuento. Mi mujer abrió la puerta de la habitación y me dijo: "¡qué cara que tenés!... ¿estás bien?, pensé que habías salido al fondo, me extrañó que te demoraras..... vine dos veces a buscarte porque te llamó uno de tus tíos... me causó mucha gracia que te llamara "gringo"... tu nombre de niño, como vos decís". Me levanté y fuimos juntos a la cocina, estaba cansado, tenía la sensación de que no hacía mucho que había llegado, caminando, de un lugar lejano.

DEJO UN ROSTRO EN EL ESPEJO

Crepúsculo

Por Miguel A. Montoya Jamed

“Cada mañana dejo un rostro en el espejo”.
Pensé esto, y lo dejé como una frase concluida...
y tuve necesidad de repetirla como si hubiese
aprendido de memoria un verso de uno de mis
poemas... Pero:

es un acto, para anunciar, en voz baja, la vejez
que va conmigo. Y el anuncio, es en palabra, la
voluntad obstinada por la Vida.

Entonces:

¿Qué rostro dejamos cada mañana en el espejo?
¿El de la noche, el posterior a los sueños, que
tienen el tiempo inconmensurable en la vigilia.
Incoherentes, extraños; hechos con rostros re-
primidos en el Inconsciente?
¿O dejamos el rostro que despierta con la Aurora?

¿Qué rostro dejo, cada mañana en el espejo?...ya
no es una frase concluida.

¿Será: el que llevo con mis dudas? de cerca
en la intimidad de mis silencios.

¿O, el que despertó el deseo, para seguir otros
sueños? que tienen el tiempo que soy.

El rostro de hoy, tiene el de ayer en los rasgos
que se diluyen en las sombras.

Tiene el de ante-ayer, el anterior, el que es ante-
rior al anterior.

Tiene los rostros que van con mi Lucidez.

¿Dónde dejo mi rostro si despierto a la intem-
perie?

...pero, ¿qué es la intemperie?

¿Un territorio sin espejos o un territorio sin abri-
go? Abrigo: es pensar la existencia, es la volun-
tad obstinada por la vida.

Pensar, amar, construir Sentido.

Entonces: dejo mi rostro en los árboles y en el
viento, en las flores amarillas que me conmue-
ven. Como me conmueven las tijeretas.

Que no me dicen como es.

Igual que los hombres con los que hablo cada
mañana, que pueden describir mi rostro pero
callan.

Callamos sobre el rostro de los demás, cada mañana.

Y dejamos el rostro en el espejo. Tal vez porque
buscamos el tiempo que somos.

El tiempo, que somos, lo llevamos en las manos.
Porque tienen la huellas de las caricias y del tra-
bajo.

¿Entonces: son cómo el espejo?

No...las leyes de la física son un párrafo de la si-
mulación de los hombres. El hombre que inventó
el intelecto para defenderse... Para quedarnos
“casi nada” en la existencia.

¡Otra vez...finito-infinito!

En las manos llevo las caricias y el trabajo, que
me humanizan.

Si despertamos en un territorio sin espejos, mi-
rémonos las manos. Que tienen las señales de la
memoria y de los sueños.

Se nota en ellas cómo va el devenir hacia el pa-
sado. Por eso nos tomamos el cuerpo, sin darnos
cuenta. Para sentir ese pasaje.

Para agarrarnos del presente.

“Presente”, pasaje del devenir al pasado.

Cada mañana dejo un rostro entre mis manos.

Dejo el rostro de la noche, el de los sueños por
los rostros reprimidos en el inconsciente.

Y dejo el rostro que despertó con la Aurora

Ahora:

“Cada mañana dejo un rostro en el espejo”

No es una frase concluida, ni memorizo un verso
de uno de mis poemas.

Lo repito, y la llevo como un juego, literario,
de mi voluntad obstinada por la Vida.

“Cada mañana dejo un rostro entre mis manos”
No es una frase concluida, es la necesidad escri-
ta en mis poemas.

LA ENAMORADA Y SUS RECUERDOS

Crepúsculo

por Sergio Hocebar



Los amantes de Venecia | Marc Chagall

Besó su propia mano en el dorso, allí, en la suave cicatriz invisible, indeleble, que le había quedado como una marca de nacimiento y para siempre, desde aquel día que él la había tocado. Aurelia lo hacía todas las mañanas, un ritual más importante que cepillarse los dientes o lavarse la cara. Siempre empezaba el día con ese gesto desde aquella tarde en la librería, cuando ella se le había acercado tratando de que él la viera, de que la notara, que tal vez la mirara con una sonrisa, o, mejor aún, que

le hablara. La mesa de ofertas de la librería tenía varias pilas de libros viejos, libros usados, fracasos varios, olvidados orgullos de los autores. Aurelia trataba de adivinar sus intereses literarios, pero le resultaba difícil porque él compraba pocos libros. No podía estar segura si él era un lector muy exigente o si los libros eran sólo una distracción. O, lo más probable, si se debía a que tuviera una biblioteca muy extensa. Él había estirado su brazo para tomar uno de los libros sobre la pila que estaba

cerca de Aurelia, y ella también, a propósito, había estirado el suyo sobre la misma pila. Y su mano quedó debajo de la de él.

Ella dejó su mano allí, mientras esperanzada, temblorosa, con los ojos bajos, con las rodillas débiles, sentía el corazón laténdole con más fuerzas. Sin dejar de leer, o mirar, los títulos de los libros desordenados sobre la mesa, él había retirado la mano y tomado un libro de otra pila para hojearlo. Y Aurelia ya no pudo seguir allí, tan cerca de él y tan lejos, tan dispuesta y generosa, con tantas expectativas y tan ignorada. Volvió a su casa llorando, y cayó sobre su cama llorando, con la mejilla sobre el dorso de esa mano marcada para siempre, toda la noche llorando, hasta que sus ojos enrojecidos fueron vencidos por el sueño bien entrada esa triste madrugada.

El universo de Aurelia, enorme universo de pequeñas cosas como libros sin importancia que nunca compró, de cortos viajes a ninguna parte otra que a aquella librería de viejo y de las visitas de rutina a esos lugares que la vida exige para que la vayamos transitando, se había ido limitando cada vez más. Giraba casi exclusivamente alrededor del encuentro, meta única y definitiva. Un universo en el que su obsesión como centro de gravedad regía inclusive la elección de un perfume que tal vez pudiera atraerlo, o el color de un pañuelo para el cuello que pudiera llamar su atención, tal vez posibilitar una marea que lo acercara a su playa desierta, una luz que anunciara el amanecer esperado en ésta, su continua noche de soledad. El pequeño gran universo, único universo de Aurelia, era un cosmos que abarcaba un mundo sin fin de realizaciones soñadas inmersas en un mañana más lejano que el tiempo que lo prometía en el futuro.

Ese orbe inmenso en sus limitaciones, el mundo sin barreras de Aurelia, iba achicándose. Iba reduciéndose, libre de fronteras pero encerrado en sí mismo, encerrado en una esperanza, en sus deseos permanentes, perpetuos, incesantes, que se marchitaban a la par que pasaban las horas. De ser sostenida por sus esperanzas Aurelia se estaba convirtiendo en el sostén, en el tutor, en el apuntalamiento de algo que ya empezaba a perder el color comenzando a sufrir los efectos de un otoño inevitable.

Las hojas otrora verdes de aquella lejana primavera ya habían comenzado a transformarse, a dorarse, a cambiar lenta e implacablemente como en una alquimia invisible sin vueltas atrás, sin estaciones de descanso ni salas de espera que ofrecieran una alternativa.

Aurelia tenía que hacer un esfuerzo para salir de su casa, con un caminar que pedía bastón y una vanidad que se lo negaba. Ya no buscaba un pañuelo en particular o el perfume mejor sino que tomaba lo que tuviera más a mano. En vez de ser impulsada por aquella esperanza y aquel deseo tan añejos como ella, ahora era penosamente llevada por una rutina. Y había días en los que no lo veía en su caminata habitual. Además Aurelia ya no entraba a la librería. Los libros empezaban a molestarla, había algo de envidia en esto, tan acariciados por él mientras ella era ignorada, una espectadora pasiva, una esperanza agonizante, dejada de lado como un ejemplar de poca importancia, un tema secundario, nunca un best seller, edición menor. Para Aurelia ya era una lucha salir al mundo sin tener la certeza de que lo vería. Le resultaba difícil visitar esas calles que no eran tan alegres ni tan acogedoras ni prometedoras como alguna vez lo habían sido. Como si no fueran las mismas calles. Y en realidad no lo eran cuando él no estaba. Y cada vez lo veía menos, hasta que un día fue el último día en que lo vio. Aurelia no supo que aquel día en el que lo había visto por última vez había sido el último día en el que lo vería. Lo supo después, mucho tiempo después, cuando ya no salió más a buscarlo, cuando comenzó a creer que en realidad nunca lo había visto, que lo había imaginado, que no era su sueño sino sólo un sueño. El universo hasta ahora triste y estable de Aurelia estaba empezando a convertirse en un recuerdo pese a los esfuerzos que ella había hecho y hacía por mantenerlo como un continuo presente. Un universo que se iba reduciendo a esa habitación de la que ya no saldría, un único y último refugio ante esa realidad no querida que no había sabido cambiar, esa realidad que no aceptaba, que se le había impuesto a pesar suyo, a pesar de tanto anhelo. Esa habitación en la que lo único real era la cicatriz en el dorso de su mano.

MEMORIAS

Por María Graciela Bolo

Esta tarde llovieron unas gotas gruesas
sin escándalo, como de una sola nube.
El aire ahora parece más liviano.
Deberías ver cómo la luz persiste
hasta volverse todo de un
blanco polvoriento.
Si vieras cómo el mundo
va volviendo a sus cosas,
igual que como marchan
prolijos los planetas...
Es raro comprobar que aunque no estés,
aún así, la vida; la lluvia silenciosa,
el aullido de un perro,
el fantasma del tren en la llanura,
la cal en las persianas,
la sombra de las hojas temblando
en la vereda.
La claridad es opaca. Un pájaro
oscuro se recorta contra una
inmensidad de cielo.
En él la libertad es un destino.
El mío tal vez sea pensarte,
cuando el verano se obstina
entre las cosas conocidas
con luz irremediable.
Crepúsculo. La hora me trae,
mezclados con la pena,
unas fotos antiguas,
una estrella rosada y solitaria,
y el rumor sigiloso de todo lo que crece.

ESPERA

Por Patricia Andrea Fauré

Ella lo esperó esa cálida mañana de abril,
en el banquito de madera,
con su vestido azul
y sus zapatos nuevos.
La tarde la sorprendió en el mismo lugar,
el viento despeinó sus cabellos
y sus ropas se arrugaron.
Una mujer de mirada muy dulce,
se acercó, acarició su rostro,
en sus ojos pudo ver la soledad
y de pronto supo la verdad,
él te olvidó.

INSOSLAYABLE

Por María del Carmen Rourich

Quise olvidar, al menos, un secreto lejano
y logró renacer el secreto olvidado.
Quise yo renacer olvidos muy lejanos
y prestos despertaron, olvidos sepultados.
Entre olvidos lejanos, recuerdos olvidados
y obligados secretos que la mente ha guardado,
supe que no se puede olvidar lo olvidado;
no se puede lograr olvido en lo callado
ni se puede callar un secreto lejano.
El pasado es pasado y sin llamarlo vuelve.
El presente es presente y olvidar no se puede.
(Todo queda escondido, muy callado
en la mente).
Pasados y presentes
siempre se van...
y vuelven.

MEMORIAS DE LA SIESTA

Crepúsculo

Por Ana Millan Vargas



Sauce llorón | Claude Monet

A ningún chico le gusta dormir la siesta, nosotros no éramos la excepción; pero nuestras siestas en Gonnet eran verdaderas aventuras.

A mi madre no le preocupaba demasiado lo que hacíamos, claro ella era muy creyente, decía toooodo el tiempo, “ los niños tienen un Dios aparte”, y creo que tenía razón, ya que nosotros fuimos suicidas en potencia durante muchos años; además, ella tenía una batería de refranes que le ayudaban a tener su conciencia en paz, como: “ los chicos son de goma”; “los chicos tienen el ángel de la guarda”, yo estaba convencidísima de eso, ya que en casa había un retrato del

ángel de la guarda que custodiaba a dos niñas, (por supuesto Pastorita y yo, que caminaban por un puente roto, pero no se caían); no hace falta explicar que, entre mi imaginación y los dichos de mi madre, yo siempre tenía a mi ángel guardián, que por supuesto vi muchas veces detrás mío. También le encantaba decir que “los niños no tienen huesos, tienen cartílagos, por lo tanto, no se rompen”.

Habíamos batido el record de accidentes hogareños, nuestras heridas de guerra eran el asombro de los parientes. Y mamá contaba los accidentes como quien cuenta un sainete, con gracia y orgullo de tener esos hijos irrompibles con una mamá tan entera y valiente, que nunca se inmutaba.

Tuvimos tantos heridos que cansaría contarlos, pero la muestra mejor es mi hermano menor, a él se le rebanó casi por completo el dedo pulgar del pie, con un culo de botella que había en los pastos, y lo trajimos, entre mi hermana mayor y yo colgado de los brazos y chorreando sangre hasta la casa, le metimos su patita en un baño de agua y vinagre, (otra de las recetas magistrales de mi madre), “para que le pare la sangre”, además, también lo tiramos desde el manubrio de la bicicleta, lo casi ahogamos en un zanjón de metro y medio de profundidad, se quemó con un brasero encendido; se hizo tajo en el talón. No obstante sus heridas curadas y guardadas como premios, insistíamos en usarlo para cualquier aventura, nunca supe si era inconsciente o audaz, pero todo lo que le pedíamos hacía, lo hicimos correr por el entre techo, saltar del ropero a la cama, desde el techo al gabinete del gas, y medíamos la profundidad del pozo ciego metiéndolo de cabeza y dándole una caña para que mida (lo sosteníamos de las piernas, y le

decíamos: “medí!!! dale ¡!medí donde llega”) el pozo medía como 8 metros, pero por supuesto nunca lo matamos, porque teníamos nuestro ángel guardián...

Mami no estaba; nunca estaba, estaba “dela mamina”, o se quedaba charlando con Porota, o leía algo; mami cantaba, y de vez en cuando, bajaba de su nube, cuando se daba cuenta que hacía varias horas que no tenía noticias de sus hijos. Entonces cuando veía llegar a sus cinco aventureros sonreía candorosamente feliz, convencida que era la madre perfecta.

Así pasamos nuestras siestas de la infancia, cazando ranas en bolsas de arpilleras, (Para luego pelarlas, destriparlas y comerlas fritas, obvio, mami nos enseñó hacerlo); juntando bosta seca de vaca o caballo para hacer humo para los mosquitos, (esa tarea obligatoria que nos ponía mi padre); entre medio de cada tarea, no íbamos a los eucaliptos gigantes a buscar arañas, nidos de pájaros, y otros bichos divertidos.

Hicimos toda clase de maldades a los gatos de la mamina, y pasábamos de la ternura infinita acunándolos cuando eran cachorritos, a la maldad más absoluta cuando los gatos crecían, los metimos en el lago de los patos de la mamina, le atamos cosas en la cola, les cortábamos el pelo, y los pintábamos.

Eran hermosas nuestras siestas, llenas de adrenalina, tierra colorada, pelos al viento, con ramitas de sauce llorón,... siempre con ramitas del sauce en la mano...

“La mamina con la varilla los chico una maravilla....la mamina con la varilla los chico una maravillala mamina....”

NO ME INTERRUMPAS LA CANCIÓN

Crepúsculo

Por Ana Millan Vargas



El Flautista | Édouard Manet

Yo quiero dar un paseo en la memoria, y contar un cuento de papel.

Yo quiero correr de nuevo por el sendero de los recuerdos, trenzando simbas con la mamina y que no me diga vaisén.

Y buscar mis tesoros escondidos, contado bolitas de vidrio, llavecitas que no abren ningún cajón. Yo quiero que me regale su galpón.

A donde quiero estar solo un ratito jugando con las ranas del zanjón. Mirar el horizonte y encontrarlo sin que ningún edificio interrumpa la canción.

Yo quiero saltar muy alto, de rama en rama buscando los colores que perdí.

Yo quiero sentir de nuevo el viento dulce de las tardes, con risas y hermanos, donde de verdad nunca me fui.

Yo busco a los niños en mis sueños y corro dentro de lluvias verdes.

Donde el pelo se confunde con los pastos, el calor o el frío nunca se siente.

Y encuentro caballitos del oeste.

Donde están que los perdí.

Yo quiero dar un paseo en la memoria, contar un cuento de papel.

Trenzar recuerdos con la mamina y tener un sauce para mí.

Encontrar mis tesoros escondidos.

Para quedarme por siempre jugando a que no me fui.

UN PASADO POR DELANTE

Crepúsculo

por Patricia Botargues



Juan Diego Pérez de la Cruz

“Para un hombre sin memoria es muy pesado cargar de una sola vez con un pasado entero”.

El viajero sin equipaje - Jean Anouilh (1936). Termina de pasarse rimmel por las pestañas.

Se cepilla el pelo largo y renegrido. Sus ojos, enormes y oscuros, siguen sus movimientos en el espejo. Tapa con un mechón algunos granitos de la frente. Acerca su cara y mira más de cerca el vello que insiste en acumularse sobre los labios.

Camina al dormitorio a ponerse las sandalias. ¿Dónde las dejó? Ayer se tiró sobre la cama de sus padres a mirar televisión, seguramente se las ha sacado allí. Ahí están, a los pies de la mesa de luz de su madre. Se calza una sandalia y al inclinarse a acomodar una de sus tiras, repara en el portarretrato. Se sienta sobre la cama y lo

observa. Alicia, su madre en el centro de la foto, tiene en brazos a su hermana, princesa blanca en el regazo claro de su mamá. Carla, ella misma, de pie junto a las dos, mira fijo a la cámara. Su bracito oscuro sobre la mantilla parece ensuciar el conjunto. Lo deja en su lugar mientras se calza la otra sandalia, toma la mochila de una de las sillas del comedor y camina hasta la parada del 307. Allí se da cuenta de que olvidó sacar el libro de historia que no va a necesitar hoy, por eso su mochila está tan pesada, pero ya no tiene tiempo de volver a dejarlo.

Dos cuadas antes de llegar al colegio encuentra a una compañera que estuvo ausente unos días. - ¿Qué había que hacer para lengua, Carla? - Terminar de leer “El viajero sin equipaje” - contesta. ¿No lo leíste? - Ni sabía. ¿De qué



trata? – Es sobre un hombre que va a la guerra y queda amnésico. – ¿Amnésico? – No se acuerda de nada. Estuvo dieciocho años en un asilo sin saber quién es ni de dónde viene.

Llegan a la puerta del aula unos minutos tarde. Cuando entran la profesora está diciendo: – El protagonista estuvo internado en un asilo, ¿alguien puede decirme por qué? Se hace un silencio y varios de los alumnos bajan la cabeza. Carla saluda y se sienta en el segundo banco de la fila contra la pared, su compañera sigue al último asiento. – Tenía amnesia – dice uno de los chicos. – Muy bien, tenía amnesia a causa de una herida de guerra, no recuerda absolutamente nada de su pasado. ¿Por qué varias familias reclaman su parentesco, Lucesi? – insiste la profesora. Lucesi mira fijo a la docente pero no contesta. – ¿Porque hay una herencia de por medio? – dice con poca seguridad una alumna. – Perfecto – la profesora mira a toda la clase. ¿Y luego? – Le muestran un pasado que no le gusta – remata otra chica. El grupo de adelante sigue la clase en silencio. En el fondo hay un rumor constante. – ¿Podés leer un párrafo que corrobore lo que comentas? La chica busca en sus fotocopias, y lee: “Obligaciones, odios, ofensas... Pero ¿qué creía yo que eran los recuerdos? Exacto, me olvidaba de los remordimientos. Ahora tengo un pasado completo”

– Hola, Carla – le susurra Lucila desde el banco de atrás –. ¿Vas al cumpleaños de Juan Pablo el viernes? Carla mira absorta hacia adelante y piensa en su segundo grado, en aquel recreo en que dos compañeras se burlaron de ella. “Vos sos adoptada”, le dijeron entre risas. Juan Pablo la señaló y estalló en carcajadas, de ésas que Carla conocía tan bien, pero que nunca hasta ese momento se habían dirigido a ella misma. “¡Sos adoptada!”, gritó. Carla sintió calor en sus mejillas, dio media vuelta y corrió, corrió hasta quedar sin aliento en el otro extremo del patio, entró al baño de mujeres y se puso a llorar en silencio.

– ¿Qué quiere decir adoptada? – preguntó a su madre en el almuerzo. Se hizo un silencio largo. Su padre clavó la mirada en Alicia, que tosió y empezó a balbucear: – Eh... es cuando alguien no es hijo natural... cuando la mamá no lo tuvo en su panza – estiró el brazo hasta tocar la mano de su hija. Carli, comiste poco, ¿no vas a terminar el arroz?

– ¡Carla! ¿Vas el viernes? – repite Lucila tocando su espalda. – Sí – contesta ella sin convicción. Mira al frente, a donde se encuentra la profesora, pero sus ojos parecen estar más allá.

En casa de la abuela, un domingo como tantos. La tía en el patio tiene en brazos a su hermanita y le sonrío. – ¡Qué belleza esta bebé! – dice. De la cocina viene el aroma de la salsa que preparan la abuela y su mamá. Carla deja en el piso el muñeco que le regalaron cuando nació su hermana. – Tía, ¿yo estuve en la panza de mamá como ella? La mujer se pone seria: – Vos estuviste siempre en el corazón de tu mami – se pone de pie. Carlita, ¿me alcanzas el moisés que quedó en el comedor? Entran juntas y su tía sigue a la cocina. Carla la oye cuchichear con Alicia. Arrastra el moisés a la cocina y las dos mujeres callan. Su abuela deja de revolver la olla, la levanta en brazos y le da un beso.

“Los días pasaban... Pero ni siquiera uniéndose unos a los otros, habían logrado hacer esa cosa devoradora que ustedes llaman pasado” - escucha recitar a uno de los varones. Carla vuelve al texto e intenta encontrar ese párrafo. Se topa con las palabras del hermano del protagonista: “En vano me digo que era joven, que era débil en el fondo como todos los violentos... en vano me digo que...”. Carla repite para sí “débil en el fondo como todos los violentos, débil...” y se pregunta si su papá puede ser débil. Evoca las fotos que decoran la cómoda, en las que él luce el uniforme blanco junto a Alicia y sus hijas.

- ¿Alguien puede leer un párrafo que ejemplifique lo que estamos diciendo? - pregunta la profesora. Carla lee en voz alta las palabras de uno de los personajes: “Tienes que renunciar a la maravillosa simplicidad de tu vida de amnésico, tienes que aceptarte. Toda nuestra vida con nuestra hermosa moral y nuestra querida libertad consiste al fin de cuentas en aceptarnos como somos. Esos diecisiete años de asilo du-

rante los cuales te conservaste tan puro, la duración exacta de una adolescencia. Acéptate.”

Suena el timbre del recreo. En el turno mañana la lista de oposición del centro de estudiantes embanderó los pasillos. Lucila y Carla caminan al local de la fotocopidora. Sobre la pared junto a la entrada hay un poster de gran tamaño formado con decenas de pequeñas fotos. Lo vio varias veces, pero ésta es la primera vez que lo mira. Lucila sigue hablando sobre qué se va a poner para el cumpleaños de su amigo mientras hacen cola para comprar el apunte de geografía. Carla repara en una de las fotografías en el centro. Los enormes ojos oscuros parecen mirar directamente a los suyos. - Dos apuntes de Bochini - dice Lucila a la empleada y toca el brazo de Carla para que le dé dinero. Antes de alejarse por el pasillo, Carla da vuelta su cabeza y vuelve a mirar la foto. Hay algo conocido en esa cara. Te estamos buscando, dice en letras grandes debajo de los retratos.



MEMORIAS DE DON FELICHE

Crepúsculo

Por Alejandro Michelena

“Filosofía es, en realidad, nostalgia”

NOVALIS

Mi arribo a esta ciudad conocida como Venecia del norte nada tuvo que ver con la hecatombe política que arrastró hasta aquí a tantos latinoamericanos del sur. Es cierto que coincidió en el tiempo —llegué en la segunda mitad de la década del setenta— pero, como solía advertirse tan sabiamente en contratapa de las novelas policiales de hace años, toda relación entre mi caso y el de esa pobre gente perseguida “es pura coincidencia”. Y esto no quiere decir que no haya tenido sensibilidad ante las injusticias sociales, aunque en realidad mi acción militante se quedó en las conferencias de San Vicente de Paul en aquella parroquia de mi lejana juventud.

Lo que importa, más allá de las historias viejas, es por qué alguien como yo, tan arraigado a Montevideo —más específicamente a la zona de Colón, donde habité por veinte años entre humores de tierra arada, cabras y aves muy gritonas— me encuentro hoy en esta ciudad de tan largo invierno, de sospechoso orden, de hermosa edificación en sus partes antiguas y anodina en sus áreas modernas, de habitantes que de tan perfectos en lo aparente se parecen a estatuas animadas. Habito en un vetusto apartamento de este barrio que antaño fuera obrero, y donde ahora es imposible no toparse con nostálgicos de los años sesenta, militantes ecologistas, desafiantes feministas. Arribé en pleno peregrinar de la diáspora hispanoamericana. Yo venía de París, donde había estado un par de años, y me encontré en el ferry —zarpando desde Copenhague— rodeado de chilenos parlanchines, de porteños que todavía discutían si Perón había tenido o no la culpa, de uruguayos taciturnos con el mate y el termo.

Aquí estoy desde entonces, y divido mi tiempo entre la paciente lectura de libros esotéricos (alguno me acompaña desde el lejano Río de la Plata, herencia de una novia rosacruz que vestía siempre traje sastre), la lenta escritura de la historia de mi vida, y los morosos y extendidos paseos por las áreas antiguas de Estocolmo. Al principio salía de noche, pero pronto me aburríeron los neutros cubículos en que la gente aquí intenta lánguidamente divertirse, que nada tienen que hacer comparados con los de la espléndida urbe que corta el Sena, a pesar de los pesares de la aplanadora consumista.

Siempre evoco aquellos lugares del Montevideo de mi juventud que solía frecuentar en épocas felices, cuando bajaba al centro cada quince días piloteando el añejo Ford V8 del 36 con hambre de libros y discos, de cine y teatro, y sobre todo de conversaciones extendidas frente a pocillos humeantes. Hablábamos de Sartre y el compromiso del escritor, y de las notables películas de Bergman y Visconti. También de la literatura que teníamos más cercana; me refiero a las cumbres, que en el caso de la novela naturalmente son el Adán Buenosayres de Leopoldo Marechal y Sobre Héroe y Tumbas de Ernesto Sábato (que me perdonen los fervorosos onettianos).

El río al que hace referencia el Oscuro de Éfeso ha seguido corriendo, sin tregua. Al presente he superado ya la séptima década de vida, algo que no logran disimular mi cabello teñido, mi cara redondeada, y el estilo juvenil que ostento al caminar. No me es posible evadir la realidad de estar internándome en la tercera edad (horrible eufemismo inventado para designar ahora a la vejez). Y menos todavía habitando este apartamento sobrecargado de antiguallas en donde, desde la Remington en la que escribo desde hace más de cuarenta años hasta la cama de madera con su



escolta de cariátides castas, pasando por tantas estatuillas rescatadas aquí o allá en mis andanzas por este agotado continente, o el resto del mobiliario estilo liberty, todo resuma decadencia irremediable.

A veces me vienen nostalgias de la Villa de Colón. De aquellas noches serenas y pletóricas de rumores campestres, con plenitud de estrellas y al mismo tiempo —a lo lejos— las luces ciudadanas. Cuando me instalé en ese campo heredado de mi tío aun circulaban los tranvías por uno de los costados de avenida Lezica, y las casonas señoriales que la bordean conservaban todavía el digno destino de albergar restos del naufragio interminable de parte de la clase patricia montevideana. La granja era pequeña, pero la trabajé de tal forma —entregándole mis años mejores— que puedo afirmar con orgullo que además de la producción de manteca y queso de cabra para la venta, logré el ideal del cultivo de todos los alimentos necesarios para mi difunta hermana y para mí. Y fue producto del esfuerzo constante de mis dos manos laboriosas, que a pesar de los años transcurridos desde la venta del establecimiento —mucho más de veinte— no han perdido el recuerdo de su trato cotidiano con el humus seminal. Pero la rueda gigante de la vida sigue, como en el budismo, arrastrándonos, implacable, matando por el camino todo lo que alguna vez quisimos. Mi pobre hermana languideció (sus tres lustros más de edad, sus muchas enfermedades, sus pocas ganas de vivir), y al quedarme solo fue que decidí cambiar radicalmente mis costumbres bucólicas e instalarme en el apartamento bonaerense de la calle Corrientes, también herencia familiar.

Me siento feliz en el presente. Más que nunca estoy integrado a mi nombre: los muchachos por aquí me llaman Don Feliz, deformando apenas el bautismal Feliche. Esta urbe de palacios monótonos y gente imperturbable me ha resultado una zona de nadie confortable. El anonimato que he logrado en sus calles, perdiéndome entre la multitud en el tren subterráneo o en las plazas, ha sido la mejor defensa para preservar y alimentar la profunda reflexión sobre el pasado que vengo realizando a través del extraño ejercicio de escribir.

Tuve que dejar París, ciudad que creía haber elegido como patria definitiva, después de haber experimentado —en ese escenario múltiple, de cruel belleza— el paraíso y su pérdida, a causa de la sugestión ineludible de una moderna Lilith. Había llegado desde Buenos Aires, escapando del agobiante clima que imponían los Ford Falcon sin matrícula y con metralletas asomando por las ventanillas camino a la nocturna cacería de jóvenes. Pude sentirme —respirando hondo, parado a las dos de la madrugada en medio del Pont des Arts— parisién por elección. Y en verdad fueron dos años disfrutando a plenitud de la buhardilla de la rue Bonaparte (había hecho trabajar muy bien el pequeño capital que me dejara la venta de la granja), teniendo ante mis ojos un paisaje de mansardas, chimeneas y viejas ventanas que parecía extraído de un cuadro del bueno de Utrillo.

París catalizó desde el comienzo toda mi capacidad dionisiaca. Entre otras cosas, esa meca engañosa despertó en mis dos pulsiones igualmente inquietantes: la pasión por la fotografía y la locura del amor. La primera fue causa de la segunda, y me llevó a sucumbir —a través del lente enfocado aparentemente al azar— a los encantos de una joven, hermosa y extraña mujer. Recuerdo que la seguí casi obsesionado desde la plaza Du Tertre una tarde, bajando por las escalinatas que comunican la parte alta y la baja de Montmartre. La perdí de vista, pero a los pocos

días volví a encontrarla en una retrospectiva de Cartier-Bresson (por entonces mi pretensión era seguir los pasos de ese maestro del momento fugaz, y pasaba los días deambulando por los muelles del Sena a la pesca de ese encuadre único). Gigi, que nada tenía que ver con aquel personaje de la novela de Colette, era modelo de pintores, y a partir de nuestro apresurado e intensísimo romance se transformó en el motivo central de mis fotografías. Los sugestivos paisajes parisienses estaban vacíos sin ella, y cuando se iba a trabajar —con un pintor peruano, me había dicho— no podía, en esas largas horas, ni siquiera ensayar una sola toma.

Era independiente y nunca quiso instalarse en mi buhardilla ni que yo fuera a su departamento. Pese a su aire entre distante e indiferente, la magia de nuestros encuentros era indudable. Por cierto: nada me gustaban sus amistades de un cafetín de aspirantes a artistas a donde —me contó— iba diariamente en compañía del hijo del altiplano.

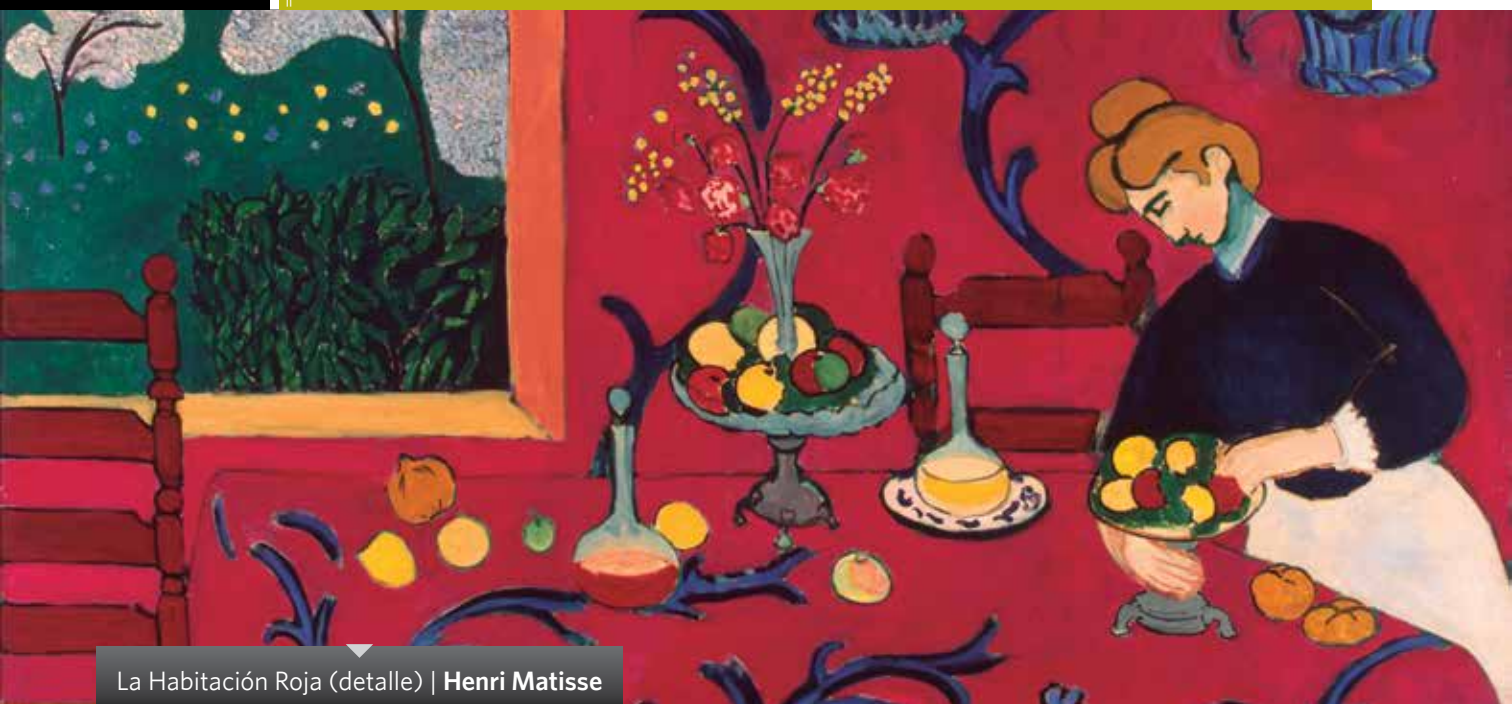
Resumiendo algo que sería lamentable en detalle: Gigi tenía la llave de mi habitáculo para poder entrar cuando quisiera. Un buen día se me ocurre ir a pasar el fin de semana a la provincia. Pero tuve la desgracia de volver antes... Fue lo clásico, con la mínima diferencia de que yo no era el marido. La encontré con el pintor, desnudos y haciendo buen uso de mi cama, y no era la primera vez. El andino, de reacciones rápidas, se levantó profiriendo amenazas y me exigió dinero navaja en mano, mientras Gigi se vistió silenciosa y sin perder ese atractivo que fue mi perdición.

Tres días después, luego de mal vender la buhardilla, abandoné París para siempre y tomé rumbo a esta zona nórdica de Europa. Luego de superar la crisis inevitable, he logrado aquí una placidez serena, resignada, que quisiera imaginar similar —modestia aparte— a la de Goethe anciano. Y como no dispongo a mi lado de un fiel Eckermann que registre mis evocaciones, me veo en la necesidad de escribir sobre mí.

UN GUSTITO

Crepúsculo

por Silvio Litvin



La Habitación Roja (detalle) | Henri Matisse

...tres o cuatro quedan seguro, una muestra gratis señora, tres o cuatro dientes grandes y alguno, una muestra gratis señor, chiquito escondido entre medio capaz que también. Un perfumito, muestra gratis, pero la cosa es que sea fuertecito, pican... una muestra gratis, picantito. Tina rabiaba ¡qué bronca se agarraba! una muestra gratis, con la cebolla, no la podía ni ver, en cambio el ajo... me saqué la lotería con la Tana esa. Pobrecita, ¡dónde andará!, una muestra gratis, dónde andará penando su alma. Mucha gente para el frío, una muestra gratis, para el tornillo que hace, brrrr. Voy a terminar temprano, una muestra gratis, me va a alcanzar para una botellita de aceite de oliva y si tengo aceite de oliva no le voy a pichulear al ajito. Una muestra gratis, fresco y picante, la boliviana, una muestra gratis, la boliviana tiene ajo fresco, le voy a comprar a ella.

Fue buena la semana, una muestra gratis, lo que no me tengo que olvidar, el queso rallado, esta noche, una muestra gratis, el sábado pasado yo sé que Tito me vio, yo sé que me vio, una muestra gratis, andá saber lo que se birla él. Por eso será, una muestra gratis, será que cerró el pico. Yo a don José no le voy a tocar nada, siempre se portó bien. Lo del queso es otra cosa, lo necesito.

Una muestra gratis, se porta bien, un señor. Se sienta con nosotros, comemos de lo mismo. De lo que queda en las botellas pone, de los vasos se tira todo. Linda semana ésta. Una muestra gratis, Entre la pieza que le pinté a la Perlita, la cerradura que cambié en la Sacristía y el reparto de hoy... Bien el curita, con eso de ayudar a las viejas en la cocina, una muestra gratis, me deja comer aparte, menos mal, cada roñoso va al comedor,... Al final el único día que estoy solo es el domingo, una muestra gratis,...si la semana es floja no lo hago. ¿Qué tendrá que ver? Pero para mí es así. Pobrecita la finada. No se merece, no hay derecho, si hay miseria que no se note. Y por eso el provolone de don José. Yo por mí, con queso, sin queso, a esta altura... Pero cómo me voy a sentar a la mesa con la foto... Es que no es la foto, es,... son los recuerdos. No, esto es otra cosa. No son recuerdos. Ella está. ¡Te estás volviendo loco Anselmito! Capaz que sí, pero cuando la semana se da bien, qué lindo esperar el domingo. Solo en la pieza, el aceitito de oliva, los mostacholes, el ajo cortadito, ¿querés más "formaggio", Tina? Es del bueno, provolone del bueno. Y comer mirándola a los ojos. Esa foto. La única que tengo. ¡Era linda la Tana! Es una presencia. Estamos los dos. Un gustito, la mesa del domingo.

UN ACTOR SE PREPARA

Crepúsculo

Por Rolando Ravagliatti

Una mueca en mi cara
un latido dentro de mi corazón
un globo amarillo debajo de mi cielo
una balsa encima de mi río
un puño encima de mi cabeza
un jazmín dentro de mi puño
un dólar dentro del festival en mi homenaje
un escarabajo en mi biblioteca
un recuerdo en mi recuerdo de sus piernas
un tic nervioso alrededor de mi resentimiento
una antigualla ocupando el centro de mi sobaquera
un inaceptable tecnicismo al pie de mi zapatilla
una simpatía a la vuelta de mi esquina
un corchito agradecido flotando dentro de mí
[botella de moscato
una cálida ráfaga desde el noreste de mi planisferio
un actor se prepara con sus dentros y fueros de sí
un actor se prepara con sus encimas y sus
[debajos
un actor se dispone a emperifollamientos
[entrañables
a la vuelta, desde y alrededor
y desnudeces súbitas ocupando centros y al pie
un actor se precipita sobre las gemas
un actor se sume en un soliloquio
un actor copa sus réplicas y pausas
un actor riega sus memorias y acecha sus
[áreas cercadas
un actor se afiata en la contemplación
un actor se prepara en la antesala del espejo
y otro en la penumbra
y otro en la inmutabilidad de su calavera.



El Pelele | Francisco de Goya y Lucientes

RECORDAR LOS SUEÑOS

Crepúsculo

por Juan Miguel González Mejías

Esta es una historia que empezó hace años, el día que Felisa Robena tuvo un flash de un hecho del pasado que había olvidado por completo y que fue tan vívido y certero que estremeció todas sus fibras por un momento y creyó que se encontraba otra vez allí, sintiéndolo otra vez como ella era en ese tiempo, viéndose a la vez en el presente y en el pasado. Dentro del miedo que le produjo aquel recuerdo tan vivo y visceral, tan físico y tan presente, creyó que se le estaba ofreciendo una segunda oportunidad y una revisión de sí misma, como si en algo se pudiera mejorar lo que ya estaba hecho. Ni siquiera sabía Felisa cómo se le ocurrió tal cosa en aquel momento, puesto que en todo parecía que tenía seis años y no cuarentitantos como aparentaba, y porque estaba sufriendo un retroceso en el tiempo tan profundo que no sólo el recuerdo que tenía en la mente acudió a ella, sino que sintió que todo su cuerpo lo recorría las emociones de la niña que ella había sido y que ahora volvían a formar parte de su ser.

Lo curioso de esta historia fue que aquel flash tan inoportuno e imprevisto había elegido precisamente el momento en que Felisa estaba con unas amigas, sentadas en el suelo, cotilleándose cosas entre ellas, y una de las niñas dijo lo que quería ser de mayor. Esto provocó un aluvión de vocecitas simultáneas imaginándose cada una de ellas lo que quería ser de mayor y diciéndolo todas a la vez en voz alta. Felisa podía oler de nuevo el perfume que la mamá de su amiga Luci le ponía todos los días, y sintió otra vez la inquietud nerviosa que le provocaban la mirada fija y los labios duros y caprichosos de otra de sus amigas, pero se alegró mucho y se inundó de felicidad al ver y sentir de nuevo a su amiga Mari del alma, que ya lo era entonces y lo seguía siendo, la que la había acompañado siempre durante todo el viaje de vivir.

Allí estaba Felisa siendo una niña de seis años, rodeada de sus amigas, bordeando la escena desde fuera y a la vez viviéndola desde dentro con total intensidad, percibiendo los acontecimientos desde dos visiones simultáneas que surgían de ella misma en tiempos diferentes. Cuando le tocó hablar y ser oída, Felisa se estremeció al recordarse. Una vocecita cálida, tierna, diciendo que quería ser de mayor todo aquello que justamente, cuarentitantos años después, Felisa Robena había llegado a ser casi sin enmendar una coma. No lo había sabido hasta ahora, pero se había convertido exactamente en todo lo que ella misma con seis años había dicho que quería ser, y eso la impactó hasta un punto que le pareció imposible poderlo contener.

Era de comprender, entonces, que Felisa Robena sintiera un profundo estupor y quedara afectada por ese recuerdo nuevo pero tan viejo a la vez, que la hizo sentir desdoblada y llena de bullentes emociones bailando a su son en su interior. A pesar de que no lo iba a conseguir, se propuso olvidar esta experiencia y concentrarse en lo que mejor sabía, el mundo de hoy, donde tendría que seguir viviendo. En otras ocasiones había dado por hecho que el pasado estaba bien y era bonito, pero era el pasado, ¿qué sentido tenía volver? El mundo es lo que viene, no lo que se ha ido. Hay un flujo ahí, una corriente que va de un lado a otro, y no al revés. Te ahogas si te paras demasiado, o si quieres retroceder. "Pero por Dios, mi cuerpo y mi mente se me han quedado en los seis años. Tengo que salir de esto."

Poco a poco sin embargo y afortunadamente para Felisa, el shock fue paulatinamente disminuyendo hasta que pareció que se había diluido del todo. Ya sólo se había convertido en un agradable y bonito recuerdo, uno más como otros, que hasta se podía contar con emoción contenida. Asumió que había sido un suceso del azar pasajero y fortuito que no se volvería a repetir, y vivió tranquila y rememorando a veces en su interior lo que le había pasado. Sabía que había algo fundamental que todavía se le escapaba, aunque no sabía el qué, y eso la reconcomía y la impedía desligarse del todo del asunto.



Ronda de niñas bretona | Paul Gauguin

Cuando había tiempo, pensaba en ello sin dar nunca con lo que buscaba, hasta que comprendió que los pensamientos no le servían y creyó que quizás lo que andaba buscando se encontrara entre los sentimientos del pasado. Y ya de pensar en ello se dio cuenta al fin de sus desvaríos, ¿para qué iba ella a querer recuperar los sentimientos del pasado? ¡Si el pasado no se puede mejorar! ¡Si es el futuro lo único que se puede mejorar!

Y así Felisa trataba de dejar de pensar y volvía a ocuparse de las cosas. Algún tiempo después, sin embargo, mientras limpiaba el polvo a unas estanterías, se dio cuenta de pronto que lo que buscaba no estaba en el pasado, sino en el presente. Lo que quería era recuperar la extraña sensación doble y rabiósamente presente que sintió, porque pensaba que sólo desde ahí podía entender lo que pasó y cómo pasó para que en todos estos años aquel olvidado sueño inocente de su infancia alcanzara después tan inapelable realidad. Era eso lo que la consumía, conocer bien aquella doble sensación de vivir a la vez en el pasado y en el presente, con la que ella creía que podría explicar el recorrido de su vida. No podía dormir en paz. Y bueno, tenía que esperar. No dependía de ella solucionar el enigma.

.....

(Y según se cuenta, fue todo eso y mucho más lo que le ocurrió a Felisa Robena desde aquel día que tuvo un flashback especialmente intenso en el que el pasado y el presente se unieron tan íntimamente en ella, que crearon y dieron lugar a un tiempo nuevo y original, único en su género, con su propio destino, pero que acompañaría a Felisa durante toda su vida. También se oyó decir que, aunque ella no lo sabía, la esperaban aún muchos flashes como el que había vivido, algunos tan intensos y duraderos como requería su inexperta conciencia para que pudiera conocer en profundidad todas las leyes fatales de los sueños y la irresistible atracción que se siente cuando una se reconoce en ellos).

EL BAR DEL TIEMPO

Crepúsculo

por Susana Angélica Orden

Volvía de la facultad cada vez de una manera distinta, para no aburrirme ni caer en la rutina. Esa noche me propuse volver en tren. Esa decisión me permitió disfrutar de la tibia brisa en mi rostro y recorrer los vagones con la mirada, buscando seres interesantes. Canillitas, vendedores ambulantes, músicos, poetas trasnochados, todos pasaban por la lupa de mi análisis. Mi cuerpo se alejaba de mi alma y yo volaba en cada una de esas historias, en las alas de la noche y en un sentimiento de libertad embriagadora. Cuando llegaba a mi destino, retomaba mi envoltura material y me iba caminando lentamente rumbo a mi casa. Lo cierto es que al descender del tren noté que la estación se encontraba más oscura que lo habitual y al poner el pie en el andén, supe que algo había cambiado en ese lugar, pero no podía determinar exactamente qué era. Comencé a caminar con lentitud, notando que no había otros pasajeros y que un breve escalofrío iba avanzando en mi espalda. El único farol que había sobrevivido hacía, con su luz mortecina, que las figuras se alargaran en forma inquietante.

Cuando llegué al fin de la plataforma descubrí que había allí un barcito que nunca había visto anteriormente. Decidí entrar a tomar un café. Crucé la puerta notando que el interior estaba oscuro y apenas iluminado por una pequeña lámpara roja. Me dirigí al mostrador y cambiando de idea, pedí una gaseosa, porque la temperatura del lugar era sofocante. Unos ojos negros me respondieron con otra pregunta: -¿Puede ser una Bidú Cola? El nombre me extrañó un poco porque era el de una bebida bastante anticuada. Me puse a beber mirando con extrañeza la botella, cubierta de polvo, mientras en el aire sonaba una canción de los Beatles que me recordaba mis trece años. Así, en medio de un ensueño, obser-

vé a dos chicas entrar corriendo con dos pibes. Algo en una ellas me hizo volver la cabeza y me dí cuenta de que se parecía mucho a mí. Al mirar a su acompañante, percibí estupefacta que era el calco de mi amiga de la infancia, Gabriela. Lo peor del caso era que uno de los chicos me hacía recordar en forma asombrosa, por las pecas y el mechón que caía rebelde sobre su frente, a mi primer noviecito, Alejandro. Cuando quise reaccionar y hablarles, se marcharon en medio de su ensordecedora algarabía adolescente. Recuerdos del pasado llegaron en círculos concéntricos y la emoción me atenazó la garganta por un instante. Una voz que me resultó vagamente familiar me advirtió que el bar estaba a punto de cerrar. Miré su fisonomía en el espejo y mi asombro aumentó porque contemplé a una señora madura cuyos rasgos se asemejaban increíblemente a los míos. Una luz se apagó de pronto y la mujer refugió su misterio tras el mostrador. Un mozo muy serio y atildado recibió mi dinero y cuando me animé a preguntarle por esa extraña mujer, sostuvo que en ese bar no trabajaba ninguna empleada como la que yo describía. Salí pensativa del lugar y caminé en dirección a mi casa. Cuando me había alejado una cuadra, algo indefinible me obligó a mirar hacia atrás. Justo sobre el nombre "Bar del Tiempo" había un cartel con una propaganda donde se leía "Eres dueño de tus decisiones" Elevé la mirada hacia el tercer piso, donde se veía una ventanita iluminada y allí estaban otra vez, recortados en el marco, los rostros de las dos mujeres, la mayor y la niña que me miraban en forma interrogadora y me saludaban. Respondí su saludo con una sonrisa y seguí caminando despacio, envuelta en los seductores perfumes de la noche y cobijada por el familiar canto de las cigarras, mientras me



El Bar | Maurice De Vlaminck

preguntaba si alguna vez podré explicarle sin reproches a mi pasado, aquello que soy en el presente, y lo que seré en el porvenir.

Volvía de la facultad cada vez de una manera distinta, para no aburrirme ni caer en la rutina. Esa noche me propuse volver en tren. Esa decisión me permitió disfrutar de la tibia brisa en mi rostro y recorrer los vagones con la mirada, buscando seres interesantes. Canillitas, vendedores, ambulantes, músicos, poetas trasnochados, todos pasaban por la lupa de mi análisis. Mi cuerpo se alejaba de mi alma y yo volaba en cada una de esas historias, en las alas de la noche y en un sentimiento de libertad embriagadora. Cuando llegaba a mi destino, retomaba mi envoltura material y me iba caminando lentamente rumbo a mi casa. Lo cierto es que al descender del tren noté que la estación se encontraba más oscura que lo habitual y al poner el pie en el andén, supe que algo había cambiado en ese lugar, pero no podía determinar exactamente qué era. Comencé a caminar con lentitud, notando que no había otros pasajeros y que un breve escalofrío iba avanzando en mi espalda. El único farol que había sobrevivido hacía, con su luz mortecina, que las figuras se alargaran en forma inquietante.

Cuando llegué al fin de la plataforma descubrí que había allí un barcito que nunca había visto anteriormente. Decidí entrar a tomar un café. Crucé la puerta notando que el interior estaba oscuro y apenas iluminado por una pequeña lámpara roja. Me dirigí al mostrador y cambiando de idea, pedí una gaseosa, porque la temperatura del lugar era sofocante. Unos ojos negros me respondieron con otra pregunta: -¿Puede ser una Bidú Cola? El nombre me extrañó un poco porque era el de una bebida bastante anticuada. Me puse a beber mirando con extrañeza la botella, cubierta de polvo, mientras en el aire sonaba una canción de los Beatles que me recordaba mis trece años. Así, en medio de un ensueño, obser-

vé a dos chicas entrar corriendo con dos pibes. Algo en una ellas me hizo volver la cabeza y me dí cuenta de que se parecía mucho a mí. Al mirar a su acompañante, percibí estupefacta que era el calco de mi amiga de la infancia, Gabriela. Lo peor del caso era que uno de los chicos me hacía recordar en forma asombrosa, por las pecas y el mechón que caía rebelde sobre su frente, a mi primer noviecito, Alejandro. Cuando quise reaccionar y hablarles, se marcharon en medio de su ensordecedora algarabía adolescente. Recuerdos del pasado llegaron en círculos concéntricos y la emoción me atenazó la garganta por un instante. Una voz que me resultó vagamente familiar me advirtió que el bar estaba a punto de cerrar. Miré su fisonomía en el espejo y mi asombro aumentó porque contemplé a una señora madura cuyos rasgos se asemejaban increíblemente a los míos. Una luz se apagó de pronto y la mujer refugió su misterio tras el mostrador. Un mozo muy serio y atildado recibió mi dinero y cuando me animé a preguntarle por esa extraña mujer, sostuvo que en ese bar no trabajaba ninguna empleada como la que yo describía. Salí pensativa del lugar y caminé en dirección a mi casa. Cuando me había alejado una cuadra, algo indefinible me obligó a mirar hacia atrás. Justo sobre el nombre "Bar del Tiempo" había un cartel con una propaganda donde se leía "Eres dueño de tus decisiones" Elevé la mirada hacia el tercer piso, donde se veía una ventanita iluminada y allí estaban otra vez, recortados en el marco, los rostros de las dos mujeres, la mayor y la niña que me miraban en forma interrogadora y me saludaban. Respondí su saludo con una sonrisa y seguí caminando despacio, envuelta en los seductores perfumes de la noche y cobijada por el familiar canto de las cigarras, mientras me preguntaba si alguna vez podré explicarle sin reproches a mi pasado, aquello que soy en el presente, y lo que seré en el porvenir.

MEMORIA ROTA

Crepúsculo

Por Paula Eisenberg

Los hijos de la sombra. Los que nadie reconoce como propios. Su deambular eterno, la infinita inquietud de su mirada ajena. Ajena a los demás, al vértigo insensible de los otros. Sólo una foto o dos les restan del pasado o ni siquiera eso. Memoria aniquilada.

Aquellos que no la poseen como huellas de sangre.

Los hijos del silencio. Los perdidos. Los sacados al resplandor de un secreto de por vida. Los arrebatados. Los solos. La memoria es un espejo tardío.

Apareciendo en sueños, en relatos sin hilo. En los ojos del que busca y no encuentra. La memoria rota.

Y los dedos arañando un segundo de luz que cae como vestigios del pasado, como lluvia sagrada.

Rescatar lo que se pueda, corroído por años de silencio.



Fotografía de Juan Carlos Campi

SEIS LETRAS

Crepúsculo

por Guillermo Henrich

Ariana. Es cierto, puede ser un nombre poco común. Quizás de moda. Solo seis letras que combinadas en un nombre significan mucho más que eso, un nombre. Significan mucho más.

El nombre es bonito, pero la mujer es hermosa. La persona aún mejor. Y si, la causante de la tristeza. Y del vacío inexplicable.

Mirar por la ventana y percibir un parque verde cubierto de hojas amarillas abatidas por el otoño, algún que otro ave posándose sobre la desnudez de aquel árbol, erguido en el centro de ese paisaje, apenas logran entrar en la mente tratando de desplazar el recuerdo.

Ver pasar las nubes sin saber adónde van, un suave olor a café recién hecho, el cálido sonido de una tenue lluvia golpeando el ventanal, tampoco logran evitar volver a ella.

Ese maldito truco que tiene nuestro cerebro de ubicar estratégicamente pensamientos en nuestro arcón de materia gris, para que no

podamos enviarlos al fondo de la estantería, allí donde no queremos volver a verlo, vuelve casi imposible la misión enfocarnos en otra cosa.

El día se hace noche y la noche, larga, finalmente se convierte en amanecer para otra vez volver a hacerse día, es solo un proceso infinito que acompaña sigilosamente la necesidad de tener finalmente olvidado el recuerdo.

Personas, situaciones, pasión y afectos aparecen y desaparecen y son constantemente parte de la necesidad de buscar algo nuevo que permita ocupar ese pensamiento que no cesa.

Luego de un tiempo y tras mucho esfuerzo, el recuerdo de ese nombre se convierte en algo borroso y casi, ahora sí, enviado al fondo de la estantería para nunca más volver a salir.

Entonces suena el teléfono, con esa melodía tan irritante como desconcertante y llega un mensaje de texto.

Hola, Soy Ariana, necesito verte.

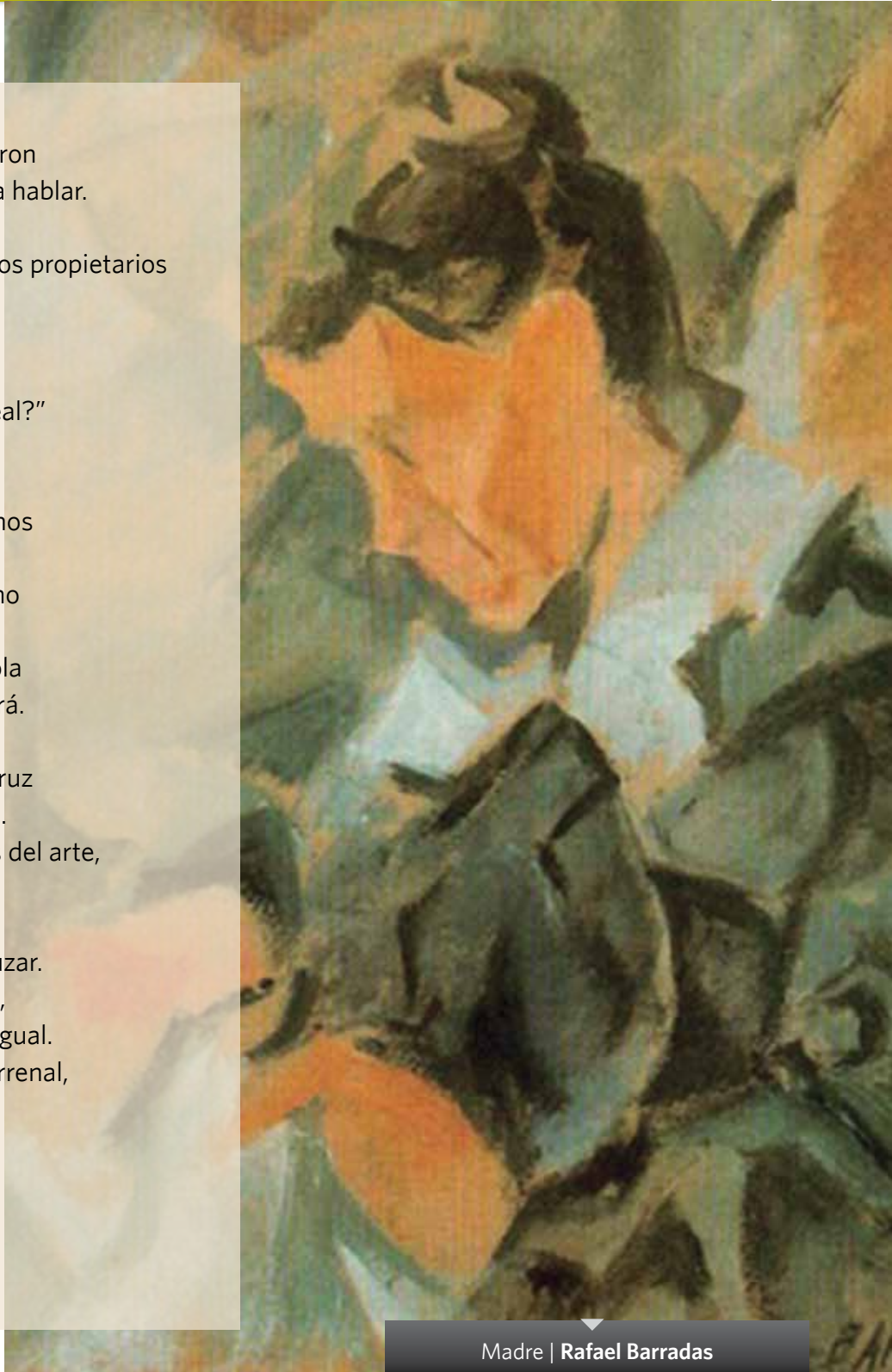


RETENGO SU MIRADA

Crepúsculo

por Jessica Troncaro

Sus anotaciones quedaron
es como si la escuchara hablar.
Ella dejó su escrito:
"Los cuerdos se creen los propietarios
de la razón...
de la verdad..."
Quisiera preguntarle:
"La cordura, ¿es algo real?"
Retengo su mirada
y una conversación.
Con el alma en sus manos
me habló del adiós.
Conmigo quedó un signo
de amor maternal.
Su protección, su aureola
siempre me acompañará.
Óleo sobre lienzo
Cristo San Juan de la Cruz
Esa es mi señal y su luz.
Caminaré por las calles del arte,
sé que me observará,
hasta ese día
que nos volvamos a cruzar.
Quizás no me recuerde,
porque allá, nada será igual.
Al menos aquí, en lo terrenal,
cumpliré su voluntad.
Retengo su mirada
Y frente al espejo
la recuerdo aún más.



Madre | Rafael Barradas

SIGUEN CANTANDO

Crepúsculo

Por Adriana Tuffo



El árbol de la vida | **Gustav Klimt**



I

Ronda la memoria
Son sombras esquivas. En las fábricas
Cantan las sombras,
Cantan por la sierra.
No pudo el silencio esconder el canto.

Un día y otro
Comienzan a verse a los niños escondidos
De los brazos maternos,
Un día u otro conocemos sus nombres.
(Dormidos se los habrán llevado
O despiertos y en llanto
De los vientres saqueados).
Ellos cantan, siguen cantando.

No aparecieron. Los buscamos,
No alcanzó la muerte a negarlos.
El silencio envolvió el dolor
En las salas de tortura,
En las fosas comunes,
En el Río de la Plata.
Qué solos habrán estado en el fondo del río.
El silencio es río. Ellos siguen cantando.

Los pañuelos se hicieron rondas,
Suplicaron en las iglesias,
Exigieron en los cuarteles.
Qué solos habrán estado en los campos de
la muerte.
El silencio tiene las botas puestas. Ellos si-
guen cantando.



Los hijos en el río, en las fosas comunes,
Las madres en la plaza.
Las rondas fueron madres
Han parido más plazas
Por los pueblos, por ciudades
Sacuden las palabras, pero el río es sordo.
Qué frío, el agua y el barro en el fondo del río.
Se rompen siniestras las cadenas que los atan,
Se quiebran los pactos de silencio.
Hay juicios, jueces, condenados
(Viejos en la cárcel).
Qué solos están en el fondo del río.
Ellos siguen cantando.
Los buscan.
Golpeando las conciencias
Arrinconaron el olvido.

Los buscan,
Van cada jueves en ronda,
Van con los sueños anudados
Sujetando recuerdos
A las camas deshechas por la ausencia,
A las sillas vacías,
A las miradas tristes.
Y van, tejen la ronda.
Y van, cada jueves de marcha.
Porque ellas no detienen sus pasos,
Ellos siguen cantando.

II

Una pareja de gorriones sobre la rama
Intenta trinos.
En la fosa una calavera
Pugna por salir y ser antorcha,
Hoguera que disemine fuegos.

Árbol, rama, fosa,
Son a la vez trino y fogata.
En las fosas
Se oyen,
Sobrevuelan los sueños.

Tiemblan los trinos de las aves,
De la tierra sale el fuego y la canción.
Por rigor del destino,
La utopía sigue elevando su canto.

III

Las rompieron,
Incansables amarraron sus zapatos al amor,
Por eso andan por ahí edificando pedazos.
Les tajearon el corazón,
Entonces cada jueves atan la vida a sus pañuelos.

Porque los pasos de sus madres se clavaron a la plaza,
Ellos siguen cantando.



BATALLA ETERNA

Crepúsculo

Por Lilita Ballester



El reflejo del lago George | Georgia O'Keeffe

Soberbia y engreída....astuta y egoísta
Como niebla en la noche en un rincón se filtra
Y se adueña del mundo, de mi ser más profundo
Contamina el silencio, murmullos sin final
Como espada afilada suspendida en el tiempo
Corta justo el momento de la gota cayendo
De la tranquilidad.

Un perfume, ese aroma que intuye
La ventana que abre al dolor de una cruz
El misterio de un nombre
Dulce...amargo recuerdo que casi ya no está
Pero si lo convoca, es todo un vendaval

Memoria, señora carcelera ya no pueda parar
Como amante furtiva siempre reclamará
Reclamará mis penas...mis lágrimas de nieve
Y mi ego saldrá a defender su excusa con todo
su arsenal.

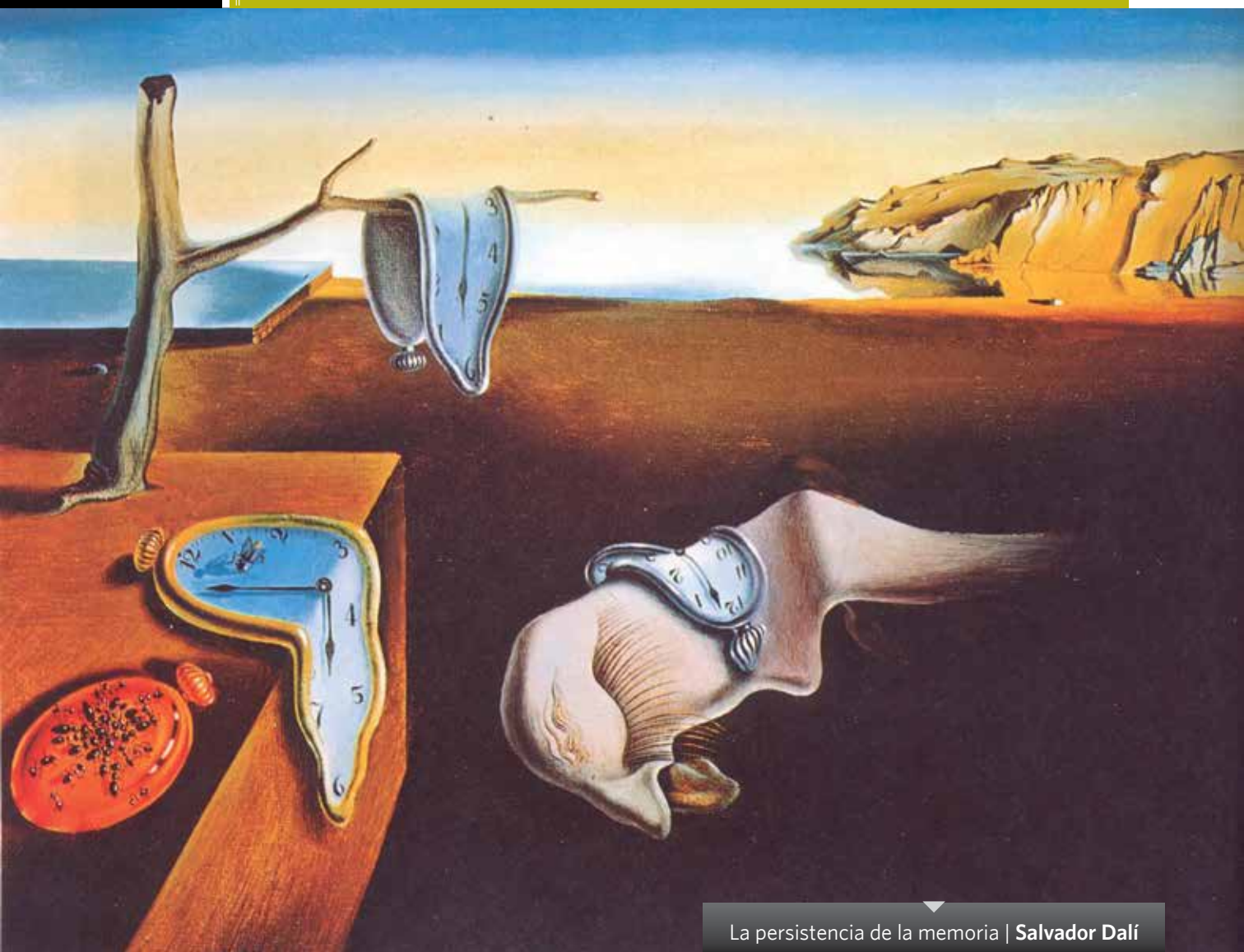
Batallamos a diario
Ella y yo, somos Una

Tantas veces me ayuda transformando
el dolor en experiencia nueva
En madurez futura.
Salir del laberinto sin una herida más.
Pero debo pagar
Un misterio resuelto con un viejo recuerdo
Y así seguir el juego que nunca acabará...
Hay noches que lo logro y la obligo a dormir
El sueño de la luna no puede resistir
Yo me escapo trepando la escalera del viento
Cruzando las nostalgias
Rozando los pantanos del tenaz desaliento.
Por fin llego a mi centro, luminoso y profundo.
El Silencio me cubre con su manto de estrellas
Y me limpio, sanando como flor al rocío
¡Sintiéndome tan bella...sintiéndolo tan mío!
Cuando abro los ojos
La eternidad se escurre en un solo suspiro
Aquí espera la Vida...es todo un desafío.

SIN RESPUESTA

Crepúsculo

por Carlos Mansilla



La persistencia de la memoria | Salvador Dalí

Se ha detenido el tiempo en los vitrales, en esta galería que ayer fuera jazmín en flor y verde enredadera, llantos, risas y arrullos maternos.

Hoy sombras alargadas, fantasmales, están donde la plena luz, viviera; y el viejo musgo tapiza de espera paredes remendadas, invernales.

El roble esparce su puntual fragancia desde, puertas, ventanas y un aplique... Ha callado la "Singer" el repique de la aguja, bordando a la distancia.

Mas no hay nada en el silencio que explique, por qué la vida se llevó mi infancia.

HÉROE

Crepúsculo

Por Verónica Leyes

Quisiera decir que fue más mística esta tarde.

Que había un cielo pintando el ocaso en un paño de ocre, y la arena flotaba alegre mientras el agua la empujaba a la orilla.

Quisiera decir que el viento salado golpeaba mi cara y mis pies chapoteaban en el agua helada.

No fue así. Era solo otra tarde.

Pero quién sabe al fin y al cabo qué es lo que distingue un día de otro. Qué es lo que hace grande a un día, o como un día se vuelve, de la nada, importante y mágico.

Nunca tuve mucho y será por eso, que encuentro en la simpleza cosas invalorable.

No tengo mucho, no. No sé qué es mucho para los demás.

Para mí mucho fue despertar una mañana y decidir dejar de lamentarme. Por mí y por el dolor ajeno, que más de una vez me ha conmovido. Por la fría crueldad de un mundo al que quizá nunca pueda cambiar... pero ¿Por qué no intentar? - Me dije.

Ese día Salí a la calle dispuesto a ofrecer todo aquello que nadie me daba.

Primero, salté de la cama con raro entusiasmo, y llamé a mi madre. Hacía un tiempo se había quedado sola, y la adultez... o la rutina nos habían separado.

Pude decirle cuánto la extrañaba. Pude rozar sus oídos con mi vaga voz y recordarle que la amaba... que allí estaba para ella. Después de todo, nunca tuve mucho, pero tenía una madre aún. Eso es bastante ¿verdad?

Después de colgar salí afuera.

Como siempre el portero del edificio había dejado abierta la canilla mientras barría las hojas. Como me enojaba ese hombre. Ahora que lo pienso me da risa.

Al pasar a su lado lo miré, fijo a los ojos. Nunca había notado que sus ojos eran grises. Que tenía una mirada cansada, algo triste. Y en vez de recriminarle, me detuve para preguntar - ¿Cómo estas hoy Osvaldo?

El hombre medio asombrado, medio desconfiado me tiro un:- muy bien José, ¿y usted? - entonces me senté sobre el escalón de salida y le empecé a contar.

Nos reímos un rato y al final me fui de allí sabiéndolo un señor muy amable, con sus problemas como todos, con sus defectos... como todos... como el de no cerrar la canilla.

Doblando justo a la esquina estaba esta señora. La que pedía monedas con un bebé en brazos y un pequeño de unos años sentado a su lado.

Siempre sentí cosas contradictorias al respecto. Nunca entendí. Pero no iba a hacerlo en ese momento, así que al pasar saque la billetera.

-A ver señora, ¿cuánto necesita para irse a casa? Esos chicos tienen calor y no es el mejor día para que los tenga en la calle-y traté de terminar esbozando una sonrisa.

La mujer no me dijo nada. Creo que se moría de vergüenza.

Entonces miré cuánto tenía: 35 pesos... se los dí...

La mujer agradeció y guardó el dinero en un bolsito. Y me prometió marcharse en ese momento con las criaturas, así que seguí, satisfecho.

Seguí unos pasos y me senté en la garita de la parada. Hacía calor para trabajar, pero otra no queda.

Cuando subo al 60 me voy hasta el fondo y me siento.

Dos paradas más adelante suben dos chicos que iban a la escuela.

¿Ya volvió tu mamá? Le preguntó el más grandecito. Unos 8 años tendría.

No -contestó el otro- mi papá me dijo que ya iba a volver. Pero hoy no fue a trabajar porque tiene que cuidar a mi hermanita.

-Que mal. Bueno ya me bajo-le respondió el amiguito.

Yo mire al chico, parado frente a mí. Con su mochila cruzada, con un cierre roto. Un guardapolvo cortito, dejado quizás por algún primo.





La sopa de los pobres | Reynaldo Giudici

Su manito se sostenía fuerte del asiento. Su cara miraba inmóvil por la ventanilla, separada del tumulto que lo rodeaba.

Fue cuando vi caer una lágrima que deje de retenerme.

Le puse mi mano en la suya y le di mi más simpática mirada. El niño desconcertado se secó los ojos.

-No te preocupes, le dije.- Vas a ver que esas cosas de grandes siempre se arreglan.- Y seguimos conversando todo el camino hasta que se tuvo que bajar.

Todas las mañanas por una semana hice el mismo proceso.

Llamé a mi madre, charlé con Osvaldo, le dí lo que me quedaba de changuear a la señora y hablaba con el chico del colectivo.

Dos semanas después los diálogos con mamá eran rutina. Osvaldo era una fuente inagotable de chismes y de carcajadas antes del trabajo. Ana, la señora que pedía, limpiaba en casa, o mi intento de casa, y a pesar de que no había mucho para hacer me vi feliz de que se sintiera útil...

Y Raúl...bueno con él nos hicimos amigos. Y aunque en dos semanas su mamá no había vuelto a casa después de haberse ido quién sabe a dónde, consolar a su hijo sin juicios ni expectativas de tener algo a cambio me hacía sentir lleno.

Así que a la noche volvía cansado, pero tan vivo.

Ya algún tiempo después descubrí que es cierto eso que dicen, de que hay más felicidad en dar que en recibir.

No renegué con la gente en el trabajo. Le dejé siempre los caramelos a la cajera. No me peleé con el colectivero cuando me cobraba de más el boleto ni me enojé si me baja una parada después.

Traté de pagar con amor a todos. El mismo que vos me enseñaste.



Regreso de la pesca en Boulogne | Jules Adler

Yo sé que quizá no llegue a ser quien hubieras deseado. Sé que no pudiste bancarme y que yo tampoco pude, una universidad. Y sé que siempre me costó tener un trabajo.

Sé que quizá en esta vida no logré tener una casa propia. Y que no siempre puedo ayudar a mamá tanto como quisiera.

En todo eso pensé en este momento. En este lugar. En este día que me tomé para mí subiéndome al tren iel nuevo!

Cuando vi el mar no pensé en que no estaría aquí más de un día.

No pensé en lujos, ni en hoteles. No pensé en cuánto duraba el viaje.

Sólo me entregué a la imagen y me sentí agradecido.

Quizá no sea mucho. Pero lo que sea que

soy... espero que estés orgulloso de mí. Puedo decirte que no hago más que dar. Es lo que hacías vos. ¿Verdad?

Ya lo entendí. Te lo prometo.

Te vi llegar mil veces agotado a la casa, y jamás me negaste tu abrazo.

Nuestros grandes lujos eran las mateadas a la orilla de la panamericana y alguna ida a cenar alguna vez, y te costaba tanto...y jamás te oí quejarte.

Te vi pasar por todo sin dejar de dar lo mejor. Y aunque jamás fuimos ricos, para mi fuiste tan grande... me has enseñado tanto. Papá: cuando sea más grande, quiero ser un héroe, como lo fuiste vos.

En este ocaso, yo te abracé. Mañana le toca a Raúl.

EL INVASOR

Crepúsculo

Por Hugo A. Ramos Gambier

Sospeché de la invasión, cuando la abuela me confundió con Carlitos. Tres veces en un mismo día me confundió.

Al poco tiempo ya se olvidaba de nuestros nombres, y también el nombre de algunas cosas. Y hasta llegó a olvidar para qué servían. Muchas veces, para pedir algo, tenía que señalarlo con el dedo.

Era muy evidente, nos decíamos entre nosotros: se estaban apoderando de la abuela. Poco a poco, la estaban convirtiendo en otra persona. O tal vez —ni queríamos pensarlo— en uno de ellos.

Lo confirmó el doctor Zavala aquella tarde que acompañamos a la tía Cata al consultorio. ¡Cómo olvidarme de Zavala! Todavía me duele el trasero, de cuando que me aplicó la antitetánica después de pisar una madera con un clavo oxidado. Pero esta vez habíamos ido a verlo por la abuela. Lo escuchamos con mi primo. La puerta estaba entreabierta y oímos parte de la conversación.

—Mire, Cata —dijo el doctor, con una voz que nos preocupó—, el Alzheimer está apoderándose de la abuela.

—¿Y no se puede hacer nada, doctor? —a la tía se le trababan las palabras.

Carlitos y yo nos miramos y no dijimos ni mu.

—Lamentablemente, es muy poco lo que se puede hacer —seguía el doctor—. El mundo entero está en pie de guerra contra este enemigo invisible...

—¿Invisible? —dijo Carlitos en una mímica.

¡Teníamos razón, la estaban invadiendo!

—...y contamos con escasas armas para ayudar a los abuelos —terminó Zavala.

Con Carlitos volvimos a mirarnos. ¡No lo podíamos creer!

—¿Escuchaste? El Alzheimer... ¡Un extraterrestre quiere apoderarse de nuestra abuela!

—Debemos impedirlo —dijo Carlitos—, hay que actuar de inmediato.

—El tipo es astuto —dije yo—. No podemos verlo, es invisible y actúa de manera silenciosa.

—El doctor Zabala dijo que le va borrando la memoria poco a poco. Y, sin que ella se dé cuenta, se va apoderando de todos sus recuerdos —dijo mi primo, con la carita muy triste—. Imaginate... ¿todos los recuerdos de la abue?

No bien llegamos a casa de la abuela, nos pusimos en campaña: convocamos a una junta de emergencia con todos los primos para la tarde. En un voto unánime, decidimos declararle la guerra al invasor.

A Cristina se le ocurrió una idea genial. Había leído un artículo sobre cómo estimular la memoria. Y pensamos que capaz que eso hacía que los extraterrestres no pudieran invadirla.

—En la Selecciones del Reader's Digest —explicó—, esa revista que la abuela colecciona desde hace tantos años.


Fuimos al galpón, en busca del viejo baúl. Lo encontramos repleto de aquellas revistas.

Nos pasamos toda la tarde buscando el número que contenía el famoso artículo.

—Esta revista es una maravilla —dijo Sonia, pasando de un número al otro—, tiene consejos increíbles.



Viaje con un rosario | Paul Cezanne



Desde cómo adelgazar 15 kilos en una semana comiendo solamente zanahorias ralladas, hasta cómo hacerse millonario en un año jugando a la quiniela con una tabla matemática que inventaron los incas.

Verdaderamente, la abuela tenía un tesoro guardado en aquel baúl.

Quisimos sacar el viejo arcón al patio trasero, pero no pudimos moverlo.

—El abuelo sí que sabía construir cosas buenas —dijo Carlitos—. Este baúl pesa una tonelada.

—Y claro —dije—, si lo hizo con los durmientes que le regalaron los del ferrocarril.

—A mi encanta el tapizado —dijo Cris—, parece cuero de vaca de verdad. Hicimos un par de viajes cargando las revistas hasta vaciar el enorme baúl. Nos pasamos el resto de la tarde leyendo, cada uno debajo de un árbol. Entretenidos, leímos hasta casi quedarnos sin luz natural.

— ¡Acá está! —gritó Cristina, blandiendo una de las revistas con el brazo en alto.

Cuando los demás nos acercamos, quedamos sorprendidos con la premonitoria tapa de la vieja revista. En letras grandes decía:

20 CONSEJOS PARA AGILIZAR LA MEMORIA

—Y miren el título de más abajo —dije:

UN CUENTO DE INVASIÓN EXTRATERRESTRE, Por Ray Bradbury

Enseguida pusimos en práctica los ejercicios para mejorar la memoria de la abuela. Más tarde leeríamos el cuento de ese Ray, que también podría servirnos.



La forma en el espacio | René Magritte

Ejercicio numero 1: Use el reloj de pulsera en el brazo contrario al que lo usa siempre.

—La abuela nunca usó reloj —Carlitos marcó el detalle.

—La tía Cata tiene uno que ya no usa —dijo Sonia—. Lo guarda en la mesita de luz.

—Vamos por él —dije yo.

— ¿Pero ustedes creen que un reloj ayudará a recuperar la memoria? —dijo Cristina.

Todos nos encogimos de hombros.

—Con probar, no perdemos nada, Cris —dije yo—. Cualquier cosa, pasamos al punto dos.

Sonia salió en busca del reloj. Nosotros fuimos a ver qué hacía la abuela.

La encontramos tomando unos mates en la cocina, y escuchando la radionovela de la tarde.

Una fuente repleta de tortas fritas humeaba en medio de la mesa. Nos zambullimos de cabeza sobre la fuente.

Sonia regresó con el reloj en la mano.

— ¡Che, déjenme alguna! —dijo mirando la fuente casi vacía.

—Esaf sof pada vof —dijo Carlitos con la boca llena. Sonia frunció el ceño y agarró la fuente para ella sola.

La abuela cebó un mate y se lo ofreció a mi prima.

—Acá tenés un mate calentito, Cris —dijo la abuela confundiendo los nombres una vez más.

Nosotros nos miramos en silencio: el invasor estaba haciendo un trabajo fino.

Sonia disimuló y aceptó el mate con una sonrisa.

—Gracias, abue, tus mates son los más ricos del mundo —dejó la bandeja en la mesa y le dio un sorbo al mate. Luego, sostuvo el reloj en el aire, enseñándoselo a la abuela.

—Mirá, abue, qué te traje de regalo.

—Aaah, qué lindo.

— ¿Te gusta?

— ¡Me encanta! Es hermoso, precioso. Es, es... ¿Qué es?

El Alzheimer era astuto, actuaba rápido.

—Un reloj —dijo Sonia.

— ¿Para qué sirve?

—Para saber la hora.

—Y ¿para qué quiero un reloj? En la radio dicen la hora a cada rato.

—Pero con el reloj, podes saber la hora minuto a minuto.

— ¡Ah! Me vine bien para los tiempos de cocción de las comidas. ¿Y cómo se usa?

—Yo te enseño, abue —dijo Cris— ¿Ves? La aguja chiquita te marca la hora, y la aguja más grande te marca los minutos.

— ¡Aaah! ¿Y la flaquita que va como loca, qué marca?

—Esa marca los segundos, abue —dijo Cris con una sonrisa—. Pero no le des bolilla, esa no se usa mucho que digamos.

—Entonces habría que sacarla —dijo la abuela mientras corría a la aguja con los ojos— me está mareando. ¡Cómo corre esa loca!

Nos reímos todos. Después, Sonia le colocó el reloj.

— ¿En qué brazo? —preguntó—. El ejercicio dice en el que nunca usa, pero la abue jamás usó reloj.

—Y, si hubiese usado sería en el izquierdo —dijo Carlitos—. Ponéselo en el derecho.

—Buena idea —dijo Sonia.

La abuela quedó chocha con su reloj pulsera.

—¿Y abue? ¿Te gusta? —dijo, esperando alguna respuesta que diera un indicio positivo en la memoria de la abuela.

— ¡Me encanta! —dijo, mirando su propio reflejo en el vidrio del aparador de la cocina.

Quedamos expectantes, calladitos.

Paseábamos nuestras miradas de unos a otros. Algo tenía que pasar, pero no sabíamos qué. El Alzheimer podría estar agazapado, esperando el momento propicio para atacar.

— ¿Y, abue? —dijo Cris.

— ¿Qué?

—No, nada... ¿Qué hora es?

La abuela levantó orgullosa el brazo derecho, y miró su flamante reloj pulsera.

— ¡Las 6:23! —dijo con la voz firme.

Nos miramos.

Nada.

—Las 6:23 con diez segundos... Las 6:23 con veinte segundos... Las 6:23 con treinta segundos...

Parada en medio de la cocina, no paró de recitar. Parecía la hora oficial salida del teléfono. No hubo forma de detenerla, ni manera alguna de sacarle el reloj de la muñeca. Tuvimos que aguantarla toda la noche y parte de la madrugada.

—Las 2:59 con cuarenta segundos... Las 2:59 con cincuenta segundos... Las tres de la mañana. Pip, pip... Piiip.

Insoportable. Hasta que, a las 3:47 con veinte segundos, por fin se durmió y pudimos sacarle el bendito reloj pulsera; y dormir de una vez por todas.

Nos levantamos cerca del mediodía, con los ojos rojos de sueño. El ejercicio número uno había resultado un total fracaso. Estábamos convencidos de que el invasor se burlaba de nosotros. No debíamos esperar más, teníamos que poner en marcha el ejercicio número dos de manera inmediata.

En la cocina, la abuela picaba una cebolla sobre la mesada. Ni rastros del reloj en su memoria. Cris le preguntó la hora.

—La radio recién dijo que falta diez para las doce. ¡Cómo durmieron ustedes! ¿Se quedaron hasta tarde contando cuentos?

Ejercicio número 2: pruebe a jugar algún juego o actividad que nunca antes haya practicado.

— ¡Ya sé! —dijo Cris—. Juguemos al Estanciero, la abuela nunca lo jugó con nosotros.

— ¡Dale! —le dije—. Hace rato que está juntando polvo arriba del ropero.

Después del almuerzo, limpiamos la mesa y armamos el tablero del Estanciero.

Carlitos le explicó cómo se jugaba y cuál era el fin.

—Tenés que quedarte con todas las tierras y la plata, abue.

La abuela estudió el tablero.

—Bueno —dijo mirando los billetes de mentirita—, esto es más o menos como administrar una casa.

La miré de reojo, y repartí las fichas y el dinero del juego.

El asunto fue que, en menos de media hora de juego, la abuela —en complicidad inconsciente con el Alzhéimer, seguramente— ya era dueña de media Patagonia, la provincia de Buenos Aires y parte del Noroeste argentino. Nos estaba dejando sin tierras y sin un mísero peso.

¡El invasor se reía de nosotros en nuestra propia cara!

Carlitos, en un raptó de locura —imposible aguantarlo cuando perdía a algo— revoleó el tablero por los aires, junto con las fichas y todos los billetes.

— ¡Ganeeé! —Gritó la abuela con los brazos en alto—. Voy a festejar con una copita.

Fue hasta el aparador y trajo la botella de café al coñac.

Ejercicio número 3: vístase con los ojos cerrados. — ¡Ni en pedo! —dijo Carlitos.

Ejercicio número 4: estimule el paladar probando comidas diferentes.

— ¡Buenísimo! —dijo Sonia—. Busquemos recetas de otros países.

—La abuela tiene varios libros de cocina —dije yo—. Veamos qué hay.

Nos pusimos manos a la obra. Juntamos ingredientes de aquí y de allá. Con el delantal de la abuela, yo parecía todo un chef.

Luego de un par de horas, sentamos a la abuela a la mesa, le vendamos los ojos y le hicimos probar nuestros exóticos manjares.

— ¿Qué te parece, abue? —le dije dándole un bocado de sushi.

— ¡Una porquería! —Dijo escupiendo el pescado crudo—. Prefiero un guiso de mondongo.

— ¿Y esto? —le dije metiendo un tenedor con chop suey en su boca.

— ¡Una asquerosidad! ¿Me estás dando de comer pasto?

—La última, abue. —Y probó la feijoada brasilera. — ¿Me quieren envenenar? —dijo.

Evidentemente, el alien hablaba por ella.

— ¡Basta! —dijo Carlitos enfurecido una vez más—. Me cansé. Y enfiló para el fondo.

Hizo una montaña con las revistas y las prendió fuego en medio del patio. Las llamas casi tocaban las copas de los árboles, y pronto todo se redujo a cenizas. Pequeñas chispas encendidas flotaban y se consumían en el aire; como los recuerdos en la memoria de la abuela.

Convocamos a una nueva junta de emergencia en el dormitorio.

Tiramos ideas disparatadas toda la tarde, desde usar un shock eléctrico para borrar la memoria de la abuela y enseñarle todo de nuevo, hasta abrirle la cabeza en una operación secreta y sacarle al Alzhéimer de adentro.



La familia del pintor | **Henri Matisse**

Mi cabeza parecía que iba a estallar en cualquier momento, me fui a la heladera por un poco de agua fresca, y encontré una nota en la puerta que decía: “Jueves, turno con el doctor Zavala”.

¡Eso es!, me dije. Y salí corriendo para la habitación.

— ¡Ya lo tengo! —dije exaltado al abrir la puerta.

— ¿Qué? —gritó Carlitos

—Ya tengo la manera de combatir al Alzheimer. Vamos a impedir que le borre la memoria a la abuela.

— ¿Y cuál es el arma?

—Lápiz y papel.

—Jajaja ¿Y vos creés que vamos a enfrentar a un extraterrestre que ni siquiera podemos ver con un lápiz y un papel? Me parece que a vos te falla la cabeza más que a la abuela.

— ¡Tenemos que hacer carteles! —expliqué—. Un cartel que tenga el nombre de cada cosa de la casa, así la abuela no podrá olvidarlas.

— ¡Qué gran idea! —dijo Carlitos.

Sonia saltó de la silla:

— ¡Es la mejor idea que escuché en varios años!

— ¡Por fin usaste la cabeza, primo! —dijo Cristina.

Enseguida nos pusimos a escribir los carteles. Millones de carteles. Chiquitos, medianos, grandes y extra grandes, según lo que teníamos que nombrar.

La casa de la abuela quedó adornada con carteles por todos lados. Cada cosa tenía un cartel con su nombre: cocina, sartén, pava, espejo, baño, dormitorio, silla, mesa, radio, televisión, chimenea, etc. Hasta nosotros nos colocamos un cartel, cada uno con su nombre.

La batalla había comenzado. Y cuando vimos lo bien que funcionaba, nos dijimos que el Alzheimer seguramente se habría sorprendido con nuestra estrategia. La abuela llamaba a cada cosa por su nombre.

Pero el tipo era rápido y astuto. En pocos días, la abuela leía los carteles, pero no sabía para qué servían las cosas. Así que tuvimos que hacer carteles más grandes, con una breve descripción de uso.

No podíamos verlo ni sabíamos que aspecto tenía, pero nos imaginábamos la cara de bronca que tendría esa cosa.

— ¿Cómo será?

—Horrible, Sonia —contesté yo—. ¿Cómo quieres que sea? Un ser horrible y sin sentimientos como para hacerle esto a la abuela.

Entonces, a Carlitos se le ocurrió dibujarlo en una pared.

Dibujó el extraterrestre más horrible y despiadado que jamás se haya visto. Era solamente un dibujo, pero se nos erizaba la piel cada vez que lo mirábamos al pasar por la pared del galpón del fondo. Carlitos dibujaba como los dioses, el monstruo estaba con las manos a los costados de la cabeza de la abuela: robándole sus recuerdos.

También le colocamos un cartel. Alzheimer, decía en letras grandes.

Cuando creíamos que ya ganábamos la batalla, el Alzheimer contraatacó de forma silenciosa y despiadada. Fue por la noche, entró como la fría niebla de invierno que va cubriéndolo todo, como un manto blanco que hace a la noche bo-

rosa. Así entró el Alzheimer en la mente de la abuela. La niebla envolvió su memoria, igual que la sábana que esconde los muebles de una casa deshabitada. La abuela ya no sabía leer.

Los carteles eran inútiles.

La abuela había quedado prisionera del Alzheimer, y no había rescate que valiera.

Nos hicimos a la idea de que todo cambiaría para siempre.

La abuela se perdió en la neblina que cubría su mente.

Pasaron los días, las semanas, los meses, y la abuela parecía otra persona. Ni rastro de quien supo contarnos cuentos todas las noches. Sus ojos habían perdido el brillo y el encanto de su mirada. La vieja y quemada pava de los cuentos ya no chiflaba sobre la leña del hogar. Y todos los personajes que nos acompañaron en nuestra infancia, desaparecieron de las noches de Carhué. Pero, cuando ya habíamos bajado la guardia, descubrimos que cada tanto el enemigo invisible se apiadaba de nosotros: de vez en cuando otorgaba a la memoria de la abue una salida transitoria.

Y aprovechamos cada uno de esos días, como si fueran el último al lado de nuestra abuela.

Una tarde, nos fuimos a dar una vuelta en bici y pedaleamos hasta el lago. Cuando regresamos, la casa de la abuela estaba vacía. Nos pareció extraño no encontrarla sentada en la cocina. Pero enseguida escuchamos a alguien conversando en el fondo. O, mejor dicho, una mujer que hablaba sola, la abuela.

Fuimos a ver.

Charlaba con el Alzheimer —con el dibujo en la pared—, mientras tomaba unos mates sentada junto al galpón.

—Deje que le cuente, mi amigo —le decía tras darle un sorbo a la bombilla—. Usted me recuerda a alguien, pero en este momento me falla la



Retrato de Madame Cezanne en el invernadero | Paul Cezanne

memoria ¿sabe? Usted me gusta, sabe prestar la oreja para escuchar a esta anciana.

A la abuela le había caído bien el bicho ese.

— ¿Le hablé de mis nietos? Aaah, son lo mejor que me pasó en la vida, ¿sabe? Me gusta levantarme bien temprano para prepararles el desayuno. A ellos les gusta el mate cocido, salieron bien de campo, vea. Yo les hago pan casero, que les encanta untar con manteca y dulce de leche. Nosotros la espiábamos en silencio.

—Me gusta verlos corretear por toda la casa. Disfruto cuando se revuelcan en el pasto y manchan sus ropas de verde. O cuando vuelven llenos de barro desde la canchita de fútbol. Algunas madres y abuelas se quejan por eso. Pero, vea, mi amigo, yo les lavo la ropa con gusto, ¿sabe? Esas son manchas de felicidad. Perdón ¿No quiere un amargo? Bueh, no importa. Usté, escuche nomás. Con los chicos nos sentamos en el borde de la galería, seguíamos calladitos para que no nos descubriera. Siguiendo su relato.

— ¿Cómo se llama, usté? Al-zhei-... No veo bien el cartel, che. Y... desde hace un tiempo me cuesta leer, se me olvidan las palabras, chamigo. Al-zhei-mer... Alzheimer. Ahora sí, igual están medias borrosas las letras, fíjate vos. Como te decía...

Se quedó callada, y nos asustamos. Pero solo estaba cambiándole la yerba al mate.

—Viene mala la yerba últimamente, pero bien que te la cobran por buena. ¿En qué estábamos? Ah, sí, los chicos. Por las noches viene lo mejor: los cuentos. Les encantan los cuentos. Los míos los transportan a otros mundos, lo veo maravillados, lo veo en el brillo de sus ojos y en la respiración contenida, que luego exhalan con alivio, con sorpresa, con intriga. O muertos de miedo. Contar cuentos es una tradición de familia que heredé de mi abuelo y este del suyo. La tradición se remonta hacia atrás, en cuentos lejanos que

viajaban de boca en boca a través del tiempo. El día en que yo deje este mundo, mi nieto mayor, el Huguito, tomará la posta. Yo lo sé. Tiene pasta de cuentero ¿sabe? A veces me voy a dormir temprano, y él se queda contándoles cuentos a sus primos. Yo dejo la puerta de la pieza entreabierta, para escucharlo desde mi cama.

Han pasado muchos años de aquella conversación que mantuvo la abuela con el Alzheimer. Hoy vuelvo a reunirme con mis primos en su casa.

Y pensar que unos años más tarde de aquella batalla, la abuela se subió a un micro para ir a visitarnos a Buenos Aires. Ese día, como si el destino hubiera sabido, ella estuvo tan lúcida, que les contó cuentos a todos los chicos del micro.

Ahora vive en su casa la tía Cata, y es la encargada de cuidar nuestro tesoro. Nuestro tesoro, que está en el galpón, sí: en el viejo baúl del abuelo, de donde sacamos las revistas. Ahora están guardados todos los carteles que escribimos en nuestra batalla contra el Alzheimer. Y, aunque solo son palabras escritas en desteñidas cartulinas de colores, para nosotros son como fotografías. Cada cartel, cada palabra, proyecta una imagen de la casa.

Cerramos los ojos como nos enseñó la vieja vizcacha, y volvemos a recorrerla, igual que cuando éramos niños.

Tal vez yo siga con la tradición de los cuentos — ya tengo mi primer nieto—. También quizás algún día venga a visitarme el Alzheimer. Pero me tiene sin cuidado. Cuando golpeé a mi puerta, lo estaré esperando con un mate en la mano. Ese tipo ya es un viejo y querido... enemigo mío.

LOMPAS

Crepúsculo

por Atilio Mario Escuder

Lompas largos de color gris. Los primeros. Estreno absoluto. Doce años de edad. Por cumplir los trece. Primer año de liceo. Mitad de curso. Ansias de dejar atrás de una vez por todas las burlas de sus amigos. Abandonar los cortos. La infancia llena de tiradores, sandalias, figuritas, raspones... Niñez en tránsito hacia latitudes mayores. Piernas largas como las patas delanteras de una jirafa. Necesidad de cubrirlas con la connivencia de la franela. Incipiente adolescencia dibujada en nuevas sensaciones. El requisito imperioso de ocultarlas bajo la trama cómplice del pantalón largo.

-Señora, su hijo es muy alto, demasiado alto. Es hora que use pantalones largos como los otros compañeros de clase -le decía el profesor de Matemáticas a la madre de Sergio en la entrevista que tuvo con ella debido a sus dificultades con la teoría de los conjuntos.

Avenida Rivera casi Tiburcio Gómez. Allí estaba ubicada la tienda Mauricio. Su dueño era un comerciante de origen judío. Muy dado a la charla y circunspecto a la vez. Con un doloroso pasado. Vendía sólo vestimenta para hombres. Prendas de vestir que sobrevivían indolentes al paso de la moda. Siempre el mismo tipo de ropa exhibida. Aburrida de estar colgada en las desgastadas perchas. Tufo a naftalina proveniente de ella que asfixiaba los sentidos. Camisacos, remeras de piqué, algún que otro montgomery, todo a la vez immaculado y prescindible.

Sergio detestaba los probadores. Una fina cortina separaba su parcial desnudez del mundo vestido enteramente. Bastaba una leve corriente de aire para que el secreto de su cuerpo en pleno cambio se develara ante la curiosidad de algún otro cliente que entrara al local.

Allí dentro se moría de calor. La textura de los diferentes pantalones que se probaba oprimía el frescor de sus piernas hasta incendiarlas. Ya

eran cuatro los que se había puesto y ninguno le servía. El dependiente perdía su paciencia a pasos agigantados.

-Te voy a traer el último. Está en el piso superior. Espera un rato -dijo malhumorado, con un dejo de aspereza en su voz.

Sergio quedó nuevamente solo. Abrió un poco la cortina y vio a su padre charlando animosamente con el dueño. Eran amigos de años. Seguramente este le estaría contando una vez más los horrores vividos en el campo de concentración donde estuvo confinado.

Él conocía el tema pero sus intereses eran otros. Su pubertad era sorda al grito que proferían las injusticias humanas.

El empleado volvió con otra prenda. Desde el momento en que Sergio la tomó en sus manos, se sintió diferente. El nuevo pantalón iluminó su cara. El calor se disipó por un momento. Todavía más cuando se lo probó. Ni estrecho ni holgado. Hecho a su medida. Allí nació su gusto por los pantalones de talle medio. Complacencia que todavía conserva de adulto. Así poder disimular su delgadez de piernas y no sumergir estas en esas bolsas que se disfrazan de pantalones.

Se miró varias veces en el espejo. Ahora sí parecía un liceal hecho y derecho. De pronto se sintió más hombre. No un escolar tardío, pasado de edad. Ese, ya era historia. Ahora el lunes comenzaría otra. Habría que prepararse. Estaba seguro que podría afrontar con entereza las pesadas bromas que le tenían indudablemente preparadas sus compañeros de clase.

Dejó de pensar en el lunes. Allá el futuro. Ahora y aquí, el disfrute del primer lompa largo que le permitía el pasaje a la adolescencia. Lo dobló poniéndolo nuevamente en la percha. A partir de ese momento, era suyo y de nadie más.



Los futbolistas | Henri Rousseau

LA ÚLTIMA AVENTURA

Crepúsculo

por *Eliseo Monteros*

El hombre yace enfermo en su cama. Trabajó incansablemente mientras pudo, pero hace algunos meses un ataque de hiperglucemia, producto de una diabetes mal tratada, lo ha obligado a guardar reposo. Una semana atrás ha tenido un segundo ataque. Perdió ya el oído izquierdo, casi no ve y hace pocos días, también, ha tenido una parálisis que le ha afectado el lado derecho del rostro.

Sin embargo, el hombre de setenta y siete años está perfectamente consciente. Lo acompañan sus seres queridos; su esposa, que no se separa de su lado, su hermana menor y sus nietos, entre otros. Por momentos ve sus sombras, por momentos dormita, por momentos recuerda cosas.

Se le vienen a la mente imágenes de la infancia. Vuelve a ver el Loira y los barcos que surcan el curso del río. Recuerda cuando, siendo niño, con la imaginación se subía a los obenques, trepaba a las cofas, se agarraba de los mástiles. Y en verano, cuando la familia se establecía en el campo y no había mástiles adonde treparse, con su hermano se pasaban los días en los árboles, charlando, leyendo, haciendo proyectos de viaje.

Más adelante había podido navegar en barcos de alquiler. Cierta día recorría el río solo, en una pequeña embarcación deteriorada, una yola sin quilla. De repente, cuando se encuentra a unos cincuenta kilómetros río abajo de donde vive, una borda cede y se forma una línea de agua. No puede cegarla, la yola se va a pique y apenas tiene tiempo de lanzarse a un islote de altos cañaverales. Ha naufragado y lo primero que debe hacer es calmar el hambre. Pero, ¿cómo? Sus provisiones se han hundido en el naufragio y no tiene perro ni fusil. ¡Por fin conoce las angustias del abandono, de la indigencia en una isla desierta, como las habían conocido los robinsones reales e imaginarios! Pero la aventura no dura más que unas horas. Cuando baja la marea, sólo tiene que cruzar con el agua en los tobillos para llegar al margen derecho del río y después regresar a casa.

Con el paso del tiempo puede, por fin, conocer el mar: recorre el Báltico, el mar del Norte, el Mediterráneo... Pero la vida lo ha conducido por otros caminos, llevándolo a dedicarse a las letras más que al mar. En esta actividad ha tenido tanto éxito que es el escritor más célebre del mundo. Ha creado un nuevo tipo de literatura, en el que se funden en armonía los viajes, la ciencia y la aventura. Y sus conocimientos, sumados a su asombrosa imaginación, le han permitido anticiparse a numerosos descubrimientos de la ciencia. Sin embargo, en una ocasión ha declarado sentirse el más desconocido de los hombres.

Regresando al presente luego de ese recorrido mental por su vida, contempla otra vez las siluetas desdibujadas de quienes lo rodean. A pesar de todo, de los éxitos y fracasos, las conquistas y derrotas, se siente en paz con Dios y con los hombres. Se dirige a su hermana, que está a su lado. "Me alegro mucho de verte; has hecho bien en venir", le dice, y le oprime la mano con fuerza. Ella responde, pero ya no logra entender lo que él contesta. Permanece a su lado mientras la parálisis avanza y, poco después, el hombre muere.

Son las tres y diez de la tarde del 24 de marzo de 1905. Quien acaba de dejar el mundo es el creador de los Viajes extraordinarios, esa gran enciclopedia de su tiempo: Jules Verne.

(Este cuento pertenece al libro del mismo título, publicado por Ediciones del Boulevard en 2014.)



Playa de Valencia | Joaquín Sorolla



MARCO

Museo de Arte Contemporáneo
de La Boca

WWW.FUNDACIONTRESPINOS.ORG